

# Las dos versiones del cuento de Antonio de Trueba “La cabra negra”. Examen interpretativo y filológico

MIGUEL ÁNGEL GARCÍA DE JUAN

Catedrático de Lengua Española y Literatura en Madrid  
Doctor en Filología Hispánica por la Universidad Complutense

## *Resumen:*

*Este trabajo nace del interés del que lo firma por la historia y la cultura relacionadas con el Valle de Mena (Burgos), lindante con las provincias vascas de Vizcaya y Álava. Hay dos razones más para haber dedicado un tiempo a la reflexión y análisis crítico y filológico de “La cabra negra”, del escritor Antonio de Trueba (1819-1889): la desatención de los estudiosos de los cuentos del autor vizcaíno a este tan prototípico suyo y, sobre todo, la significativa diferencia textual entre la primera versión, con el título citado, y la segunda, bajo el rótulo de “El primer pecado”.*

*Discúlpenos no desvelar aquí más el contenido del presente artículo, como evitaríamos descubrirlo si se tratara de un texto de creación; por ejemplo, un cuento.*

*Palabras clave: Antonio de Trueba. Cuento: “La cabra negra”. Diferencia entre sus dos versiones.*

## *Laburpena:*

*Lan hau Bizkaia eta Araba euskal probintziekin muga egiten duen Mena Haranarekin (Burgos) duen historia eta kulturarekiko duen interesetik sortzen*

*da. Beste bi arrazoi ere badira Antonio de Trueba (1819-1889) idazlearen “Ahuntz beltza”ren hausnarketa eta analisi kritiko eta filologikoari denbora pixka bat eskaini izan izateko: bizkaitar idazlearen kontakizungileen utzikeria. hau hain prototipikoa berea, eta, batez ere, lehen aipatutako izenburua duen lehen bertsiorearen eta bigarrenaren, “Lehen bekatua” izenburupean dagoen testu-desberdintasun nabarmena.*

*Barkatu artikulu honen edukia hemen gehiago ez ezagutaraztea, testu sortzailea izango balitz deskubritzea saihestuko genuke eta; adibidez, ipuin bat.*

*Gako-hitzak: Antonio de Trueba. Ipuina: “Ahuntz beltza”. Bere bi bertsioren arteko aldea.*

*Summary:*

*This work arises from the author’s interest in the history and culture related to the Valle de Mena (Burgos), bordered by the Basque provinces of Vizcaya and Álava. There are two further reasons to devote some time to the critical and philological reflection and analysis of “La cabra negra” (The black goat), written by Antonio de Trueba (1819-1889): the neglect by scholars of the Basque author’s stories to this prototypical story tale and, above all, the relevant textual difference between the first version, with the aforementioned title, and the second, with the title “El primer pecado” (The First Sin”).*

*Sorry if we do not reveal any more of the content within this article here, as we would not reveal anything about the plot of a fictional story.*

*Keywords: Antonio de Trueba. Story tale “La cabra negra”. Difference between the two versions.*

## **1. Resumen biográfico de Antonio de Trueba y de la Quintana y obras principales**

Antes de ceñirnos estrictamente a la vida del escritor vizcaíno, acaso convenga recordar el marco en el que discurrió su existencia.

Antonio de Trueba nació cuando reinaba en España Fernando VII, un año antes de la llegada del llamado Trienio Liberal (1820-1823). Al morir el rey en 1833, se desencadenó la Primera Guerra Carlista, a consecuencia de la sucesión a este en el trono. Los partidarios de su hermano Carlos se opusieron

con las armas a que correspondiera a la hija del fallecido la más alta magistratura del Estado. Dada la minoría de edad de Isabel, desempeñó la regencia de España entre 1833 y 1840 su madre viuda, María Cristina de las dos Sicilias. Es en este periodo cuando Antonio de Trueba se traslada por primera vez a Madrid, para evitar ser reclutado por el ejército partidario del Pretendiente. Contaba entonces, en 1834, quince años.

Como la heredera del trono de España tenía en 1840 únicamente diez años, se hizo cargo de la regencia hasta 1843 el general Espartero, cuando fue proclamada reina Isabel II, quien ocuparía el trono a lo largo de poco menos de veinticinco años. Durante casi todo este período el escritor vasco residió en Madrid y mantuvo una cercana relación con la reina, quien lo consideraba uno de sus poetas favoritos<sup>1</sup>. Isabel II fue destronada por la revolución “Gloriosa” y se instauró el denominado Sexenio Democrático entre 1868 y 1874. En primer lugar rigió los destinos de la Nación hasta 1869 un gobierno provisional. Entre este año y 1870, el general Serrano; luego vino a reinar en España Amadeo de Saboya, con el título de Amadeo I, quien abdicó la corona en febrero de 1873, año en que arribó la Primera República, 1873-1874. Fue en estos años del Sexenio cuando Antonio de Trueba publicó el cuento del que nos ocuparemos por extenso más adelante “La cabra negra”, primeramente, en *La Ilustración Española y Americana* (1871); después, en la colección *Narraciones populares* (1874), pero con el título y el texto significativamente cambiados: “El primer pecado”. El autor vivía desde 1862 en Bilbao, hasta que una nueva guerra civil, la de 1872 a 1876, volvió a empujarle fuera de su tierra y a instalarse otra vez en Madrid hasta que terminó la contienda el 28 de febrero de este año. Desde entonces vivió bajo la Restauración dinástica borbónica con Alfonso XII.

Ante el peligro inminente de que las Cortes abolieran en 1876 los fueros vascos, la Diputación de Vizcaya le encargó en los meses de junio y julio dos escritos, uno dirigido al Parlamento y otro al rey. En ellos pedía que no se llevara a cabo la aludida medida. Pero ambos textos fueron ignorados por sus destinatarios. “Una de las consecuencias personales de todo esto —señala José Antonio Ereño— [fue] el desvío, más que actitud beligerante, de Trueba hacia la corona española. Ruptura silenciosa... pero real, con la madre, a la que estaba por muchos motivos agradecido [...]. Ruptura algo menos compla-

---

(1) Véase José Antonio EREÑO ALTUNA, *Antonio de Trueba. Literatura, historia y política*, Bilbao, 1998, p. 50.

ciente con el hijo, al que había saludado con esperanza en el poema ‘Al que regresa, del que parte’<sup>2</sup>.

Tras la exposición precedente del marco histórico en que discurrió la vida de Antonio de Trueba y de la Quintana, pasamos a referir con brevedad su biografía. Él mismo la contó muy someramente a petición del director de *La Ilustración Española y Americana* dos meses antes de fallecer el 10 de marzo de 1889. El semanario la había insertado en sus páginas el 30 de enero de ese año<sup>3</sup>.

Seguiremos aquí de cerca lo que de la vida del autor vizcaíno detalla José Antonio Ereño en *Antonio de Trueba. Literatura, historia y política*<sup>4</sup>, pero contando con la complementariedad de otros conocedores de ella y de su obra como Ricardo Becerro de Bengoa<sup>5</sup>, A. González Blanco<sup>6</sup> o Javier Barrio Marco y Goyo Bañales García<sup>7</sup>.

Antonio Manuel María de Trueba y de la Quintana nació el 24 de diciembre de 1819<sup>8</sup>. Así lo sostienen, sin duda, los dos últimos citados.

Respecto a sus apellidos paterno y materno, interesa hacer algunas precisiones, pues, especialmente, el segundo puede explicar la ubicación en el valle de Mena del cuento que nos ocupa. Trueba coincide con el nombre del río que nace en el límite de Cantabria con la provincia de Burgos, pero en esta demarcación. Pues bien, tal apellido aparece con frecuencia en aquella comunidad autónoma, de tal forma que, según afirman varios de los biógrafos nombrados, su abuelo paterno, Manuel Trueba, era natural del pueblo cántabro

---

(2) José Antonio EREÑO ALTUNA, ob. cit., p. 5.

(3) N.º IV, pp. 59 y 62-63.

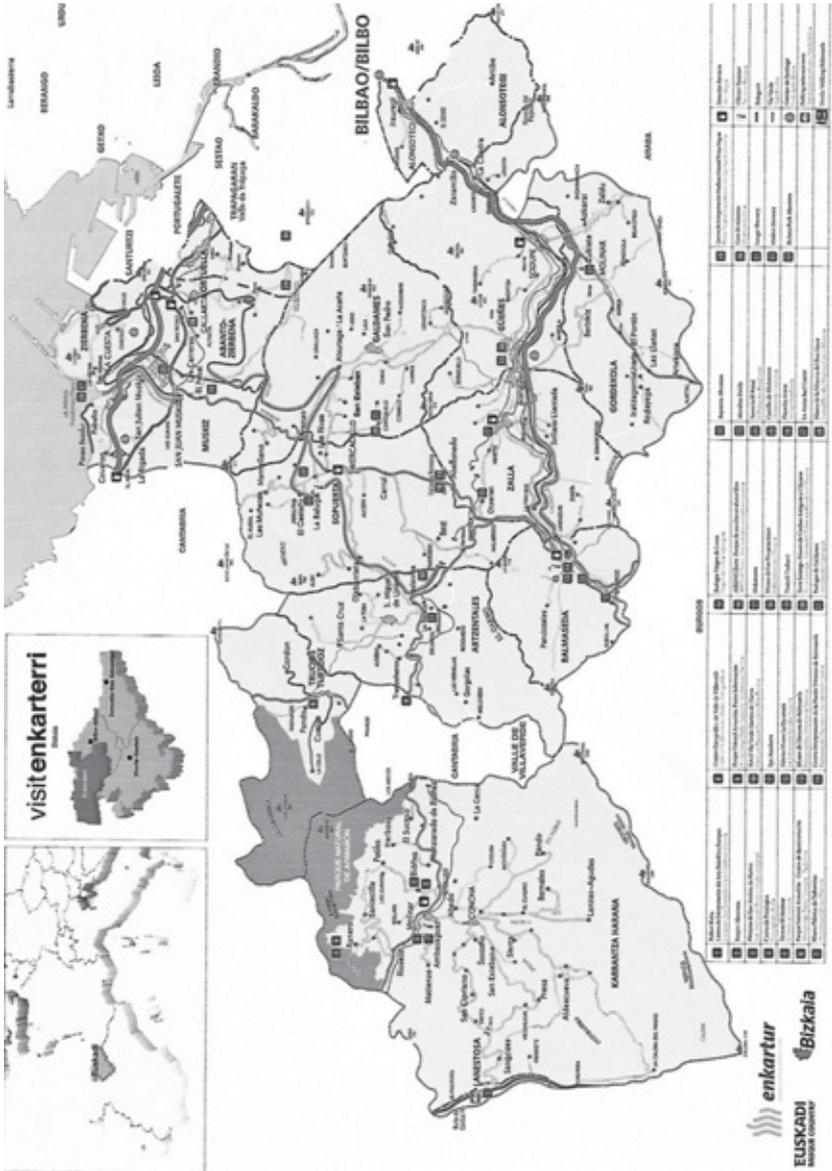
(4) Ob. cit., pp. 23-54.

(5) “Antonio de Trueba”, *La España Moderna*, marzo de 1889, pp. 95-144.

(6) *Antonio de Trueba. Su vida y sus obras (páginas escogidas)*, Bilbao, Librería Villar, 1914.

(7) “¿Cuándo nació Antonio de Trueba y la Quintana?”, en *Antonio de Trueba (1819-1889). Cronista de Bizkaia*, Bilbao, Museo de las Encartaciones y Juntas Generales de Bizkaia, 2020, pp. 17-25.

(8) Hay quienes afirman que vino al mundo algún año más tarde, en 1921, basándose en declaraciones propias y ajenas, pero la apelación a aquella fecha debió de tener su razón en restar un tiempo de su vida para evitar ser reclutado por el ejército del pretendiente en la Primera Guerra Carlista.



(Mapa de las Encartaciones de Bizkaia).

de Marrón<sup>9</sup>. Por lo que atañe a Quintana, coincidimos con José Bustamante Bricio cuando cree que procede del valle de Mena<sup>10</sup>, merindad burgalesa lindante con Vizcaya y Álava, donde no por casualidad se desarrolla la historia del relato “La cabra negra”, luego convertido en “El primer pecado”.

De Trueba nació, como se ha dicho, en 1819 en Montellano, localidad perteneciente al concejo de Galdames, en las Encartaciones vizcaínas, territorio que ejerció en él una gran influencia, incluso durante sus prolongadas residencias en Madrid.

En 1820 la familia se mudó al barrio de origen paterno Santa Gadea, del municipio próximo de Sopuerta.

En 1834 se trasladó a Madrid para no ser llamado a filas por el ejército legitimista. En la capital de España trabajó primero en la ferretería de su tío José Vicente de la Quintana y, luego, en una quincallería. Concluidas las horas diarias de trabajo, empleaba afanosamente el tiempo en la lectura y en algunas de sus primeras experiencias escritas en prosa y verso, siempre con el recuerdo de su tierra natal<sup>11</sup>.

En 1845 abandonó el trabajo de la quincallería, consiguió una ocupación en el ayuntamiento de Madrid, entró en la redacción de una publicación de la Guardia Civil y emprendió definitivamente el camino de la literatura: poesías, novelas y cuentos. Así lo indica en sus “Notas autobiográficas”: “Por fin dejé el comercio y me dedique a la literatura, porque este era mi vicio irresistible iniciado antes de abandonar Vizcaya”<sup>12</sup>.

En 1853 empezó a colaborar en *La Correspondencia Autógrafa de España* e, igualmente, en otros periódicos y revistas.

Al iniciarse el año 1859 contrajo matrimonio con Teresa Prado García. Para montar el domicilio conyugal le regalaron los muebles varios amigos. Allí, en la calle Lope de Vega, n.º 32, nacería dos años después su hija Ascensión del Señor.

---

(9) Véase también “Mi abuelo Antonio de Trueba”, Manuel Fuente Irurozqui, [www.euskalnet.net/laviana/monografias/truebamiabuelo.html](http://www.euskalnet.net/laviana/monografias/truebamiabuelo.html). Consultado el 03/10/2021.

(10) *Antonio de Trueba y el valle de Mena. “El primer pecado”*; Villarcayo (Burgos), Imprenta García, 2003, pp. 21 y 49-52.

(11) Véase José Antonio EREÑO ALTUNA, ob. cit., p. 26.

(12) *La Ilustración Española y Americana*, 30 de enero de 1889, p. 2.

En 1862 la familia De Trueba Prado se trasladó a Bilbao, donde Antonio ejerció de archivero de la Diputación de Vizcaya y cronista del Señorío Vizcaíno. Pero en 1870 se le acusó de carlista y se le separó del primer cargo citado. J. A. Ereño se pregunta si esta medida pudo deberse a su defensa de "Dios, los fueros, la patria, el trabajo [...] que los carlistas parecían acentuar espiritualmente", a lo que añade que a esto acaso se unió su amistad con destacados carlistas y sus colaboraciones en medios legitimistas, además de "su exaltación de las virtudes de los campesinos vascos, mayoritariamente carlistas"<sup>13</sup>.

Comenzada la tercera guerra civil del siglo XIX, partió de nuevo para Madrid. Era el año 1873. Acabada la contienda el febrero de tres años después, retornó a Bilbao, donde se le repuso en el cargo de archivero de la Diputación. El día 6 de octubre de 1876 De Trueba enviaba a este organismo una carta en la que se quejaba gravemente del comportamiento tenido con él en 1870, cuando se le destituyó del citado puesto: He aquí lo manifestado en el segundo párrafo:

Nadie ha tenido una razón, ni derecho, ni aun para sospechar que yo fuese carlista, y no debo ni necesito comprobar esta afirmación más que con mi honrada palabra que en este punto tiene el apoyo de toda mi vida pública y privada, que casi comencé expatriándome para no verme obligado a tomar las armas a favor del carlismo y teniendo el dolor, algún tiempo después, de ver a mi padre sufriendo gustoso vejaciones y cautiverios, porque yo, obedeciendo sus órdenes, no tornaba a librarle ingresando en las huestes carlistas<sup>14</sup>.

Después de recordar que en marzo de 1883 falleció su esposa y él seis años más tarde, el 10 de marzo de 1889, nos detenemos brevemente en examinar la ideología de A. de Trueba y de la Quintana, pues algunos lo consideran, si no legitimista, próximo a este pensamiento, mientras otros lo califican de liberal gran amante de su tierra vasca. Entre los primeros cabe citar a José Bustamante Bricio, para quien "es el Trueba de la segunda época un epígono del nacionalismo, al tiempo que un precursor de Sabino Arana, y casi siempre en sus últimos tiempos de escritor trata de arrimar el ascua a la sardina de sus ideas bizcaitarras, como, entonces se decía. Contribuye a la fijación del sentimiento nacionalista de modo importante, acaba siendo en sus últimos años

---

(13) José Antonio EREÑO ALTUNA, ob. cit., pp. 41-42.

(14) Ídem, p. 48.

un transmisor de los mitos ‘enragé’<sup>15</sup>. También Javier Pérez Núñez sitúa a A. de Trueba en la linde del carlismo en el artículo “Antonio de Trueba ante la revolución de 1868 y la abolición foral: en el tránsito de la literatura del doble patriotismo a la nacionalidad vasca”. Con el comportamiento de Alfonso XII respecto a los fueros vascos “se produce un distanciamiento de la Monarquía, que es la antesala de la inhibición del Estado y de la nación española y de la afirmación de la idea de nacionalidad como identidad colectiva vasca, característica del fuerismo intransigente al que se suma Antonio Trueba”<sup>16</sup>. En el lado de los segundos se halla el citado José Antonio Ereño, quien sostiene que fue un “liberal moderado [...] obsesionado por la tradición del País Vasco”<sup>17</sup>, o sea, un defensor dialogante de la identidad vasca y sus pueblos.

El autor Antonio de Trueba comenzó a escribir en la prensa en 1845. A tan prolífica actividad periodística posterior sumó sus facultades para la narrativa y la lírica, de tal modo que en 1849 publicaba su primera novela histórica titulada *El señor de Bortedo*<sup>18</sup>, a la que seguirían *El Cid Campeador*, en 1851, y *Las hijas del Cid*, ocho años después. En su opinión y en la de la crítica, la más lograda de las tres fue la primera.

Su vena poética alcanzó los mejores frutos en *El libro de los cantares*, de 1852, hasta el punto de conocerse después al autor con el sobrenombre de “Antón el de los cantares”.

Dejando a un lado sus escritos de carácter ensayístico, histórico, político... la fama literaria le vino de sus dotes de narrador de cuentos populares, bien en la prensa, bien en colecciones. Montserrat Amores García informa de que publicó ciento treinta y seis relatos en periódicos y revistas<sup>19</sup>. Él mismo enumera en 1880 nueve colecciones en el prólogo de *Nuevos cuentos popula-*

---

(15) José BUSTAMANTE BRICIO, *Antonio de Trueba y el valle de Mena. ‘El primer pecado’*, Villarcayo (Burgos), Imprenta García, 2003, p. 93.

(16) *Historia Constitucional*, 22, 2021, pp. 360-394. La cita corresponde al final del artículo.

(17) Ob. cit., p. 17.

(18) En 1857 se estamparía por entregas, revisada y ampliada, en *La Ilustración*, pero bajo el marbete *La paloma y los halcones*, y en 1865, de nuevo en volumen, manteniendo el segundo título.

(19) “Antonio de Trueba y su obra Literaria”, en *Antonio de Trueba (1819-1889). Cronista de Bizkaia*, Bilbao, Museo de las Encartaciones y Juntas Generales de Bizkaia, 2020, pp. 102-153. La cita corresponde a la página 123.

res<sup>20</sup>. He aquí la lista en el orden en que aparecen en este volumen, a la que añadimos, entre corchetes, la fecha de su publicación: *Cuentos de color de rosa* [1859], *Cuentos populares* [1862], *Cuentos campesinos* [1860], *Cuentos de varios colores* [1866], *Cuentos de vivos y muertos* [1866], *Narraciones populares* [1874], *Cuentos del hogar* [1875], *Cuentos de madres e hijos* [1878]<sup>21</sup>.

## 2. Tipos de cuentos y los relatos de Antonio de Trueba

El escritor vizcaíno vivió, como se ha dicho, setenta años del siglo XIX; es decir, desde el punto de vista literario en pleno Romanticismo y Postromanticismo españoles.

Es opinión general que en el período romántico “se pueden apreciar dos corrientes: una más tradicional, en la que se exaltan los valores patrióticos, ideológicos y religiosos [...], y otra de corte liberal, nacida en España en torno al liberalismo de las Cortes de Cádiz”<sup>22</sup>. No cabe duda de que el escritor vizcaíno pertenece a la primera, junto a Navarro Villoslada, Nicomedes Pastor Díaz, José Zorrilla y otros más. En punto al patriotismo, si se piensa en De Trueba se puede hablar de nacionalismo, o sea, de la estima, elogio y defensa de la singularidad de su tierra natal, extensible a todo el País Vasco, con sus costumbres, tradiciones y cultura populares.

Centrémonos en sus cuentos, las producciones literarias que, como se sabe, fueron las que más fama le han proporcionado en el campo de la literatura. A grandes rasgos, este género narrativo se desglosa en cuento tradicional o popular, cuyo autor es desconocido; el cuento popular reelaborado por un escritor, caso de los de A. de Trueba; cuento moderno o de creación personal, los salidos de las plumas de Emilia Pardo Bazán o Leopoldo Alas; y el cuento contemporáneo, del que son buenos ejemplos los de Pío Baroja. Aún cabría nombrar el cuento actual, pero entrar aquí en la teorización sobre la modalidad literaria llamada “cuento” nos desviaría del propósito concreto de este trabajo, que es la interpretación y comparación de las dos versiones del

---

(20) Madrid, Oficinas de la Ilustración Española y Americana, p. V.

(21) Montserrat Amores García añade a esta lista *Colorín, colorado... Cuentos*, Madrid, Imprenta de El Atalaya, 1859. Véase su artículo citado pp. 151-153.

(22) *Diccionario de literatura universal*, coord. José Jesús de Bustos Tobar, Madrid, Anaya, 1985, p. 529.

relato de De Trueba titulado, al principio, “La cabra negra” y, luego, “El primer pecado”<sup>23</sup>.

Antonio de Trueba llevó a cabo sus averiguaciones a partir de las que escribió las historias de sus cuentos siguiendo la estela de Cecilia Böhl de Faber o, lo que es lo mismo, de Fernán Caballero<sup>24</sup>. Entre ambos sobresale, con todo, algunas diferencias; en ellas se detiene Mariano Baquero Goyanes en *El cuento español. Del Romanticismo al Realismo*<sup>25</sup>.

El escritor vasco consideraba a doña Cecilia y a sí mismo como pioneros en España de la recuperación y posterior recreación de cuentos del pueblo, así lo manifestaba en el prólogo de *Nuevos cuentos populares*:

Los cantares populares y los cuentos de la misma procedencia ocupaban un escasisimo y despreciado lugar en la literatura española al mediar el presente siglo, en que Fernán Caballero y yo, casi simultáneamente, empezamos a recocer y a dar a luz unos y otros, cada cual a su manera. Desde entonces acá los cuentos y los cantares populares han adquirido grandísima importancia en nuestra literatura, y nadie podrá negarnos a Fernán Caballero y a mí lo mucho que hemos contribuido a ello<sup>26</sup>.

La mayor semejanza entre los cuentos de ambos es la finalidad aleccionadora que encierran. A este respecto observa Mariano Baquero: “Los narradores lastrados de romanticismo como Fernán Caballero y Trueba se esfuerzan en moralizar largamente y no perdonan al lector ni una sola de las consecuencias morales que de sus cuentos puedan extraerse”<sup>27</sup>.

Y es que el autor vasco expresó claramente el propósito pedagógico de sus cuentos en los prólogos de las colecciones de estos. Por ejemplo, en el que encabeza la de *Nuevos cuentos populares* manifiesta que los que componen la antología han sido sacados del pueblo, que en origen eran muy breves y

(23) Muy aprovechable información teórica sobre el relato breve se halla en *Qué es la novela, qué es el cuento*, Mariano Baquero Goyanes, Murcia, Universidad de Murcia, 1988.

(24) A Antonio de Trueba se le considera “discípulo y continuador” de dicha escritora y, al mismo tiempo “precursor de Pereda”. Véase *El cuento español del siglo XIX*, Mariano Baquero Goyanes, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones científicas, 1949, p. 358.

(25) Ed. Ana Luisa BAQUERO ESCUDERO, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992, pp. 68-75.

(26) Madrid, Oficinas de la Ilustración Española y Americana, 1880, pp. VII-VIII.

(27) Mariano BAQUERO GOYANES, *El cuento español del siglo XIX*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1949, p. 82.

que él los ha alargado, dado forma literaria y dotado de sentido moral<sup>28</sup>. Es más, Muchos de ellos no solo están imbuidos de intención moral sino también de un espíritu católico. A tal respecto afirma Javier Pérez Núñez: “[La] luz de la moral católica conservadora siempre alecciona al lector en los comportamientos que considera ejemplares y en las actitudes contrarias, que estima deben ser castigadas”<sup>29</sup>. Dos son los puntos geográficos en que se inspiró el escritor vizcaíno: el País Vasco y Madrid, los dos lugares en que discurrió su vida. Pero de ambos predomina el primero, al que suma la merindad del valle de Mena, limítrofe con las Encartaciones vizcaínas y la provincia de Álava. Es en el aludido valle burgalés en el que se desarrolla la historia del cuento “La cabra negra”. De tal manera asocia este valle al dominio geográfico vascongado que llega a eusquerizar el topónimo menés Viérgol como Biérgol. He aquí lo que declara en el apartado II de la segunda versión del relato aludido, bajo el título de “El primer pecado”: “En una de aquellas colinas, pertenecientes al noble valle de Mena, hoy perteneciente a la provincia de Burgos, aunque la naturaleza y la historia le hicieron hermoso y honrado pedacito de Vizcaya [...], existía desde el siglo VIII un santuario dedicado al apóstol San Bernabé”<sup>30</sup>.

Visitara o no el municipio menés, pues residió durante un tiempo en la cercana localidad vizcaína de Valmaseda<sup>31</sup>, en varias obras suyas se hace presente la merindad burgalesa, bien por su geografía, bien por algún personaje procedente de ella. Ya en *El señor de Bortedo*, unos bárbaros destruyeron la fortaleza de este lugar y las torres de “Jijano” (sic) Orrantia, Ungo y

---

(28) Ed. cit. p. XI.

(29) “Didáctica para una acción católica conservadora: los cuentos populares de Antonio de Trueba”, *Hispania Sacra* 146, Julio-diciembre, 2020, pp. 551-567. La cita corresponde a la página 558. En esta misma línea se pronuncia Montserrat Amores García en *Antonio Trueba y el cuento popular*, Bilbao, Departamento de Cultura de la Diputación Foral de Guipúzcoa, 1999, pp. 50-51.

(30) *Narraciones populares*, Madrid, A. Jubera, 1874, pp. 261-262. Esta referencia al valle de Mena no existe, como se verá, en la primera versión del cuento “La cabra negra”.

(31) Hay algún dato que nos hace dudar de su conocimiento directo del valle de Mena. Por ejemplo, al comenzar el apartado IV de “La cabra negra”, afirma que la iglesia de San Bernabé, pueblo cercano a “Biérgol”, “coronaba la colina dominando las montañas de las Encartaciones de Vizcaya”. Y siguiendo adelante en este mismo apartado, se lee: “El sol se escondía ya tras las cordilleras de Ordunte”. En primer lugar, Ordunte es una sola cordillera; en segundo, se encuentra situada casi en paralelo al mar Cantábrico, es decir, en el norte, no en el oeste por donde se pone el sol. Tales despropósitos geográficos no parece justificarlos la condición artística (de ficción) del cuento, pues, en casi su totalidad, la geografía de su historia coincide con la real.

el Benon (sic). Por reacción, los meneses asaltaron Valmaseda. En el cuento “Escapatoria”, Juan se marcha de Baracaldo camino del pueblo burgalés de Bocos y atraviesa el valle de Mena. Igualmente, en “Ibaizabal y compañía” el convertido en personaje Nervión, es decir, Ibaizabal, habla con el también río Cadagua, cuando se juntan en Baracaldo, el cual trae sus aguas desde que nace en el suroeste de Mena. De igual modo hay resonancias del valle menés en los relatos “Perro negro” y “No hay patria fea”.

### 3. Fuente de inspiración y ediciones de “La cabra negra” y su posterior publicación con el título de “El primer pecado”

Este cuento, al que la crítica no ha prestado atención, salvo José Bustamante Bricio, puede conceptuarse como prototipo de las narraciones breves de A. de Trueba: inspiración en su tierra natal; intención moralizadora; explicitud de la voz autoral y narradora; presencia de opiniones de dicha voz sobre la conducta de los personajes; inserción de refranes y frases hechas; longitud del discurso.

El citado José Bustamante que sí se ha fijado en este cuento, pero únicamente en su versión segunda, la titulada “El primer pecado”, recoge unas afirmaciones del autor, en las que decía:

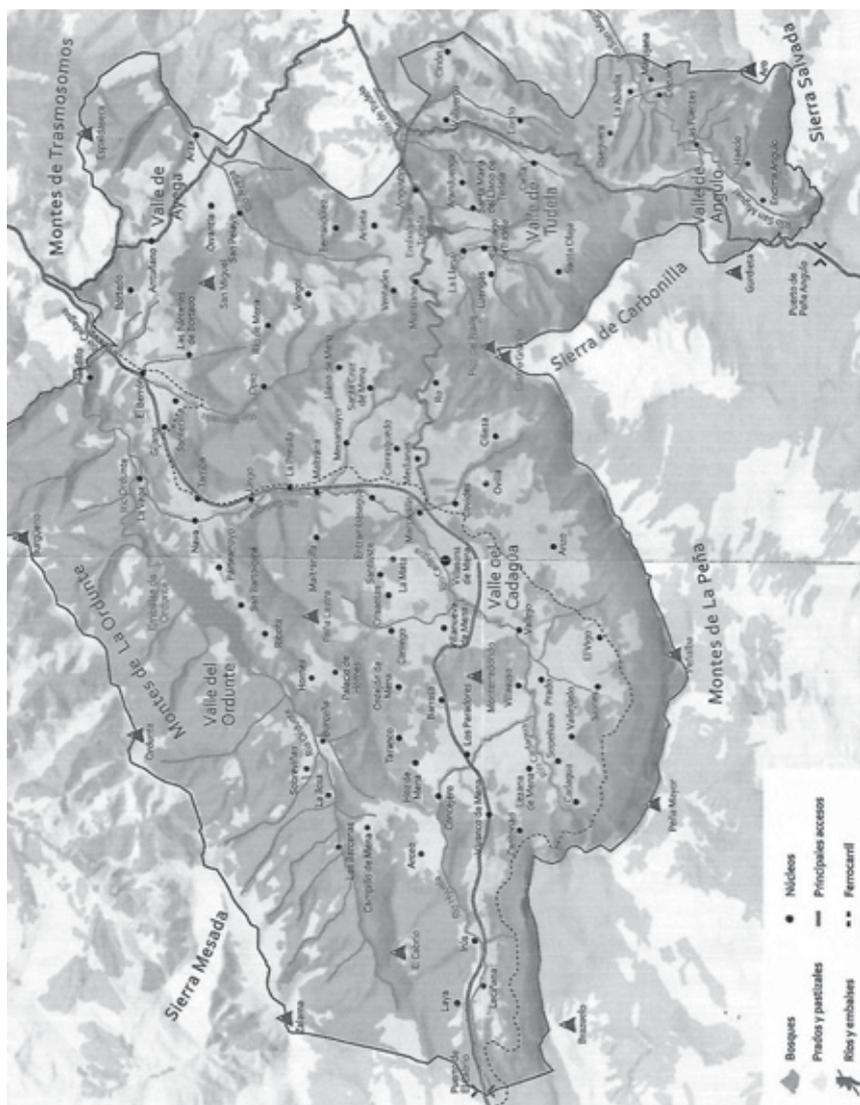
En una de mis diez colecciones de cuentos populares hay uno que tiene por título “El primer pecado”<sup>32</sup>. Aunque el hecho se supone en una aldeilla de la parte oriental del valle de Mena, corresponde en realidad a Montellano<sup>33</sup>. Como el suceso fue de gran trascendencia en la vida social de la aldea cuyas “memorias históricas” escribo, no debo en manera alguna omitirle en este librito<sup>34</sup>.

---

(32) Esta alusión a “El primer pecado” y a diez colecciones de relatos sitúa sus palabras en los últimos años de su existencia.

(33) Es el pueblo de las Encartaciones de Vizcaya en que había nacido. El lugar del valle de Mena en que sitúa la historia del cuento, San Bernabé, pertenece a los límites geográficos de Montiano. He aquí la información que proporciona María del Carmen Arribas Magro: “La ermita de San Bernabé se localiza a medio camino entre Montiano y Artieta, junto al viejo camino que comunicaba Santiago de Tudela con Ayega. A pesar de que en ocasiones ha sido incluida en Artieta, la cartografía catastral muestra que se localiza en el término de Montiano”; *El valle de Manzanedo. El valle de Mena*, Madrid, ACCI ediciones, 2019, p. 455.

(34) José BUSTAMANTE BRICIO, *Antonio de Trueba y el valle de Mena. “El primer pecado”*, Villarcayo (Burgos), Imprenta García, 2003, p. 80. Más información sobre este asunto puede leerse en las páginas 80-85. Bustamante Bricio escribe varias veces San Bartolomé por



(Mapa del valle de Mena —Burgos—. *Valle de Mena*, VV. AA., Concejalía de Medio Ambiente del Ayuntamiento)

Pero el cuento no sólo tiene un origen popular, pues en su redacción se añadieron detalles recogidos de las lecturas de su autor. Así, en la cuestión de los conjuros del sacerdote oriundo de “Biergol” y señor cura de San Bernabé, el cual ahuyenta de su parroquia la tempestad y la oruga, resuenan los ecos de las investigaciones llevadas a cabo por el coterráneo de Trueba, Martín de los Heros, en la capital de las Encartaciones<sup>35</sup>.

“La cabra negra”, subtítulo “cuento popular”, se estampó por vez primera en *La Ilustración Española y Americana*, revista que había nacido el 25 de noviembre de 1869 y que desaparecería en 1921. Entre sus colaboradores contó con muchos de los principales escritores de la época. Cada página constaba de tres columnas. Este relato de Antonio de Trueba ocupó parte de la página 147, toda la 150 y la mitad de la 151 del día 25 de marzo de 1871. Diez días más tarde, el 5 de abril, continuó en la página 178 entera y la mayor parte de la 179. El texto se hallaba distribuido en ocho apartados encabezados por números romanos. El primer día, del I al V, o sea, el planteamiento y el nudo, y el segundo, del VI al VIII, el desenlace.

La siguiente edición de este cuento fue modificada cuando su autor se encontraba otra vez en la capital de España, entre 1873 y 1876, alejado de su tierra natal durante la tercera guerra carlista. Vio la luz junto a otros catorce relatos en el último lugar de la antología *Narraciones populares* y llevaba por título “El primer pecado”<sup>36</sup>. Ahora se distribuía el texto en dieciséis apartados, aunque por descuido, el número romano XV encabezaba los dos últimos.

Bien por iniciativa propia, bien por consejo de alguien, Antonio de Trueba introdujo en el texto significativos cambios. El primero el del título. Esta alteración debió de estar motivada por la eliminación del primer párrafo de la versión original de “La cabra negra”, 1871, en el cual decía: “[...] El cuento que voy a contar tiene aún más que moraleja; tiene moral y muy grande [...]”. Tal presencia del autor desde el comienzo del relato, como la explicitud de la finalidad, venían a dirigir la lectura, subestimando la facultad razonadora e imaginativa de los receptores. Con todo, estimamos que el

...

San Bernabé. No sabemos si es una errata suya o del escritor, pues no hemos encontrado el libro *Los valles, concejos y villas en particular*, de donde dice Bustamante que lo ha tomado, a pesar de haberlo buscado en la Biblioteca Nacional de España y en la de la Diputación Foral de Bizkaia.

(35) *Historia de Valmaseda. Villa del Antiguo Señorío de Vizcaya*, Valladolid, Editorial Maxtor, 2014 (1848<sup>1.ª</sup>), pp. 383-386.

(36) Madrid, A. Jubera editor, 1874, pp. 161-197.

cambio del neutro marbete (para el lector común) “La cabra negra” por el de “El primer pecado” resultó una desacertada solución, pues tal rótulo dirigía también su lectura, pero añadiendo, además, una fuerte carga religiosa católica<sup>37</sup>. Al modificar el texto por este principal motivo alargó aquello que se refiere al paisaje del valle Mena, semejante al del País Vasco, así como se extendió en detalles de los edificios de San Bernabé, en la construcción de otra ermita en honor de San Bernabé en el pueblo vecino de “Biergol”, etc.

Este cuento volvió a publicarse en 1905, ya fallecido su autor, en *Nuevos cuentos populares*<sup>38</sup>. Juzgamos que con buen criterio se estampó la versión primera, la de 1871, pues la mayor parte de lo añadido, mutilado o cambiado no beneficiaba al cuento, sino que más bien lo perjudicaba. Pongamos como ejemplo la figura de la “cabra negra”, cuya central existencia la elevó al título del relato. Fuera consciente o no el autor de su posible significado, a la imaginación de un lector medianamente culto podía evocarle la encarnación del demonio, el cual vendría a acabar, con su furia vengadora, con la iglesia y el pueblo entero de San Bernabé. Y es que en varios pasajes de la *Biblia* se hace presente la cabra como símbolo del demonio, símbolo del maligno que también se encuentra en mitologías o culturas occidentales, tales como la egipcia, la griega o la cristiana. En la mitología de parte de la sociedad vasca tradicional existía la creencia y hasta el culto al macho cabrío como representación del demonio, pero la encarnación del diablo se realizaba también, aunque en muchos menos casos, en la hembra de la subfamilia de los caprinos, o sea, en la cabra<sup>39</sup>.

#### 4. Resumen del cuento “La cabra negra”

El texto comienza con un párrafo que fue omitido en la versión de “El primer pecado”, en el cual señala su autor, como ya hemos adelantado, que el cuento encierra un contenido aleccionador.

---

(37) La expresión aleccionadora de “El primer pecado”, la introdujo, como se especificará más adelante, varias veces. Una de ellas, significativamente, al cerrar el cuento, dándole así en una estructura circular en la que adquiere gran relieve dicho sintagma.

(38) Madrid, A. Romero editor, pp. 247-276.

(39) Véase Julio CARO BAROJA, *Las brujas y su mundo*, Madrid, Alianza, 1990, pp. 187-201, 207-213 y 219-228.

En el párrafo siguiente, con el que se inicia la aludida versión, el autor hace la observación de que su contenido lo conoció porque se lo contaron al sur de la cordillera “pirenaico-cantábrica” (aclaración que repite al final).

En el valle de Mena existía desde el siglo VIII un santuario en una colina dedicado a San Bernabé.

En tiempo de la “Guerra de los Ochenta Años” (1568-1648) entre España y los Países Bajos, llegó en peregrinación a la ermita un soldado cántabro plagado de heridas en combate, pues había hecho la promesa de acudir a San Bernabé a honrar al patrono. Al salir al exterior del santuario, observó desde la altura que el solitario territorio que le rodeaba podía producir abundantes y magníficos frutos, por lo que decidió establecer allí su hogar.

Pocos años después se constituyó en aquel lugar el pueblo de San Bernabé, que pronto contó con veinte vecinos. Su prosperidad la envidiaban los habitantes de los alrededores. En la aldea había médico y sacerdote, quien regía una iglesia de estilo bizantino. Con todo, el primero carecía casi de trabajo y el segundo sólo debía asistir a los que morían de edad ya avanzada.

Todo el pueblo constituía una comunidad fraternal. Los productos de la tierra abundaban sin medida, los árboles rendían gran cantidad de frutos, las numerosas encinas que poblaban el campo engordaban con sus bellotas a los cochinos y en las dehesas pastaban “millares de ganados”, es decir, San Bernabé era “un paraíso” (150)<sup>40</sup>.

Desde mucho tiempo atrás se celebraba el 11 de junio la romería en honor del santo. A ella, repleta de distintos actos, concurría mucha gente de los pueblos cercanos.

Dada la facultad del párroco para “conjurar los nublados y la oruga”, los sanbernabeses<sup>41</sup> creían que debía de ser oriundo del cercano pueblo de Biergol<sup>42</sup>, pues los sacerdotes originarios de allí poseían tal capacidad. En efecto, don José alejaba desde la iglesia las tempestades que se asomaban por

---

(40) De aquí en adelante los números entre paréntesis aludirán a las páginas de referencia en la primera publicación de “La cabra negra” en *La Ilustración Española y Americana*.

(41) Mantenemos el gentilicio con “n”, tal como De Trueba lo escribió en “La cabra negra”.

(42) El autor escribe “Biergol”. En tiempos de A. de Trueba el topónimo era, como hoy, “Viérgol”.

los montes de Ordunte, Angulo, Colisa o Ayala, las cuales se desviaban hacia otra zona, sin dañar los campos de San Bernabé.

Lo único que preocupaba a sus habitantes era la envidia que les tenían los de Biergol, quienes ansiaban que el cura regresara a su lugar de origen, esto es, a su pueblo.

Una tarde de julio, mientras el párroco leía el breviario debajo de una encina, fueron llegando los labradores que volvían de su trabajo y se sentaron casi todos a charlar un rato con él. Entonces aparecieron los rebaños de ovejas y de cabras de San Bernabé. Con el segundo llegaba una de color negro que les llamó la atención, por lo que preguntaron al pastor si sabía de dónde procedía. Éste respondió que debía de haberse separado de las del rebaño de Biergol o de algún otro pueblo. El día siguiente, al ocurrir lo mismo, uno de los vecinos comentó que la cabra estaba muy gorda, otro propuso celebrar con su carne una merienda y el resto asintió contento. El sacerdote les recriminó que ni en broma "gentes cristianas y honradas" (151) debían apropiarse de algo que no era suyo e insistió en que no cometieran tal acción: "Harán muy mal si se la comen, [...] porque sería faltar a los mandamientos de la ley de Dios" (151). Ellos aducían que su recriminación se debía no a una cuestión religiosa sino a que era oriundo del pueblo del que se pensaba que provenía la cabra. El párroco les reiteró que meditaran bien lo que pretendían hacer, pues los pueblos felices encuentran su perdición cuando "empiezan a ser injustos". Sin atender a las palabras del cura, los sanbernabeses acordaron merendar la cabra el día siguiente. El domingo se celebró el festín "con gran algazara y salvas de cohetes y escopetazos y burlescos brindis hacia los pueblos inmediatos, particularmente a Biergol" (151).

Ya en agosto, justo un mes después de aquella merienda, se acercaba una tormenta al comenzar la tarde, la cual venía por los montes de Ordunte y avanzaba hacia Nava, Gijano y el Berrón<sup>43</sup>. Llegó hasta San Bernabé y un rayo derribó la mayor encina de su campo, bajo la cual se había celebrado el ágape de la cabra. El granizo destrozó tejas y cristales y rompió las ramas de los árboles. Todos los frutos de la tierra fueron arruinados.

Los vecinos se indignaron con el señor cura porque no había conjurado la tempestad, pero el hecho se debía a que en aquellos momentos se encontraba asistiendo a un moribundo (178). Hubo quien de mala fe aseveró que

---

(43) El autor escribe "Jijano" y "Benon".

el sacerdote no conjuró la tormenta sobre San Bernabé para que esta no se dirigiera a Biergol, insidia que fue bien acogida por los demás.

Apareció más tarde una nueva borrasca y, a pesar de que el señor cura pretendió alejarla, no lo consiguió.

Además, para escarnio de los Sanbernabeses, los pueblos cercanos se burlaban de ellos alargando el nombre de San Bernabé hasta convertirlo en el balido “¡beee!”.

Otra desgracia afectó a aquel pueblo antes tan feliz: las aguas “del riachuelo que corría por la vega” se habían corrompido, al carecer el ayuntamiento de medios económicos para librarlas de su estancamiento.

Como recurso para salir del estado al que habían llegado, los vecinos idearon obtener los mejores beneficios en la celebración de la fiesta del santo el 11 de junio. Se reunieron con quince días de anticipación, a fin de prepararla, pero sin la asistencia por primera vez del señor cura, pues allí se iba a hablar de todo con libertad y claridad. Varios mostraron su inquina contra este, pero pronto se pasó a tratar de la organización de la fiesta. En la víspera se hallaba todo dispuesto, incluido el sermón del párroco, quien había previsto dar gran lucidez a la ceremonia religiosa.

Amaneció el día de la fiesta. La esperada afluencia masiva de forasteros resultó un fracaso, pues, además, entre los pocos que acudieron, no se encontraba ninguno de Biergol, con lo que pensaron que aquello se debía “a la mano oculta del señor cura” (179)<sup>44</sup>.

Comenzaron los oficios religiosos: la procesión y, luego, la misa. Al llegar el final del sermón, el párroco apostrofó a San Bernabé de la siguiente manera: “Santo y glorioso apóstol, ve, ve...”. El narrador señala que se produjeron gritos de ira: “interrumpieron al predicador, que no pudo completar la frase: ‘¡ve, ve el tristísimo estado en que se halla el pueblo que patrocinas!’” Todos los asistentes gritaron: “¡Matarle!, ¡matarle!, ¡que muera!”. Dos hombres subieron al púlpito y lo arrojaron desde allí, causándole la muerte.

Como se desató un gran tumulto, hubo quienes ascendieron al altar para huir de él, pero derribaron involuntariamente las velas encendidas, se

---

(44) En la versión de “El primer pecado” se añadía que la causa de esta ausencia se debía a que los de dicha localidad habían erigido, en venganza contra los sanbernabeses, una ermita bajo la misma advocación de San Bernabé y, por tanto, celebraban su propia fiesta el mismo día.

prendió una cortina y se propagó el fuego por toda la iglesia. Los escopeteros que había mandado el alcalde del valle de Mena con el fin de mantener el orden en la fiesta persiguieron a los que creían responsables de lo que estaba sucediendo, pero estos se refugiaron en la casa del mayordomo, desde cuyas ventanas y balcón hostigaban a los representantes de la autoridad. Estos abrieron fuego contra ellos y, como consecuencia, se incendiaron los cohetes y la rueda de fuego preparados en el balcón para celebrar la fiesta. El edificio se incendió y de aquí se extendieron la llamas por las demás casas del pueblo, de tal forma que quedó arrasado (179).

El cuento se cierra en una especie de círculo con unas palabras del narrador-autor semejantes a las de su principio: “Tal es la triste historia de la solitaria cruz rodeada de zarzas y yezgos que me contaron un tarde caminando a la sombra septentrional de la cordillera pirenaico-cantábrica” (179)<sup>45</sup>.

## **5. Comparación textual de “La cabra negra” con “El primer pecado”. Dos versiones de un mismo cuento**

La labor que se va a realizar en este apartado consiste en transcribir “La cabra negra. Cuento popular”, publicado en *La Ilustración Española y Americana* (1871), y reflejar en el propio texto y en notas a pie de página los cambios llevados a cabo por su autor para editarlo en la colección *Narraciones populares* (1874) con el título “El primer pecado”.

Antes de comenzar la copia del cuento, procede señalar que no se indicarán en notas aquellas modificaciones de menor relieve: puntuación, acentuación, ortografía (sorprende que la correcta “x” sea cambiada por “s” en la segunda versión), sustitución de “usted” y su plural por “V.” y “Vds.” o la mejor escritura de “sanbernabeses” (habitantes de San Bernabé) que se convierte en “Sambarnabeses” en “El primer pecado”.

---

(45) Ya quedó dicho que el párrafo inicial de “La cabra negra” desapareció en la versión de ((El primer pecado)). Pues bien, este último que acabamos de transcribir también fue suprimido en la versión de este cuento en 1874.

LA CABRA NEGRA<sup>46</sup>

## Cuento popular

## I

(Es cosa convenida que todo cuento, fábula o apólogo ha de tener su moraleja, palabra que, tal como suena, vale tanto como pequeña moral, aunque el Diccionario de la Academia de la lengua castellana no se ha tomado la molestia de decírnoslo. El cuento que voy a contar tiene aún más que moraleja. Tiene moral muy grande, pues en él se prueba que las faltas pequeñas van creciendo, creciendo como las bolas de nieve, hasta convertirse en delitos enormes que aplastan con su peso al individuo, a la familia o al pueblo que incurre en ellas.)

¿Quién no recuerda haber oído a su madre la historia de un gran criminal que empezó su triste carrera robando *una aguja de coser*<sup>47</sup> y la terminó muriendo ajusticiado en un patíbulo? Historia muy parecida a la de este desdichado es la del *pueblo*<sup>48</sup> de San Bernabé, sobre cuyas solitarias ruinas, cubiertas de zarzas y yezgos, y coronadas con una cruz como la sepultura de los muertos, me la contaron una [melancólica] tarde a la sombra septentrional de la cordillera pirenaico-cantábrica.

## II

En una de aquellas colinas pertenecientes al noble valle de Mena [hoy pertenecientes a la provincia de Burgos, aunque la naturaleza y la historia le hicieron honrado y hermoso pedacito de Vizcaya; en una de aquellas colinas], que se alzan entre Arceniega y el Cadagua, dominados (sic) por la gran peña a cuyo lado (opuesto, que es el) meridional, corre, ya caudalísimo el Ebro, existía desde el siglo VIII un santuario dedicado al apóstol San Bernabé. *Este santuario era uno de los muchos que desde el Ebro al Océano, separados por un espacio de diez leguas, erigió la piedad de*

---

(46) En *Narraciones populares*, sólo se titula EL PRIMER PECADO; no hay subtítulo. De aquí en adelante, las notas se referirán siempre a las modificaciones en esta versión. Por tanto, no se citarán ni el título del cuento ni esta colección en que se insertó. Todo aquello que haya sido eliminado en la segunda edición lo representamos en el texto con doble paréntesis “( )”; lo añadido, entre corchetes; lo modificado muy brevemente, en cursiva y llevado a nota; finalmente, lo cambiado que afecte a un segmento relativamente largo de la construcción lingüística, también en cursiva. En este último caso, se reproducirá en nota la nueva redacción en “El primer pecado”. La acentuación ortográfica la trasladamos a las normas actuales de la RAE.

(47) Cambiado por “un alfiler”.

(48) “pueblocito”.

*aquella muchedumbre de monjes y seglares*<sup>49</sup> que se refugiaron en aquella comarca cuando los mahometanos invadieron las llanuras de Castilla y se detuvieron en la orilla meridional del gran río, sin atreverse a pasar a la opuesta en cuyas fortalezas naturales los esperaban amenazadores y altivos los valerosos cántabros reforzados con los fugitivos de Castilla.

Mientras la guerra fue el estado normal de la península ibérica, las comarcas de aquende el Ebro (escribo orilla del Océano cantábrico) se vieron casi despobladas, porque sus moradores, ya movidos por su carácter belicoso que no pudo domar por completo la soberbia Roma, como lo prueba aún la existencia de la lengua ((aborigen)) ibérica, [que aquí no cedió el puesto a la romana, como en el resto de la Península,] o ya obedeciendo a sus particulares instituciones, en vez de manejar la esteva y la azada, manejaban la ballesta y la lanza.

Cuando con la completa expulsión de los mahometanos de la península hispánica, *que habían enseñoreado casi por completo por espacio de más de siete siglos*<sup>50</sup>, y más tarde, con la institución de los ejércitos regulares y permanentes y la *mejora*<sup>51</sup> de las relaciones internacionales, la guerra dejó grandes períodos de descanso y respiro a España, estas comarcas vieron aumentar notablemente su población antes tan mermada que, aun a finales del siglo XVI se hizo constar en un documento oficial y solemne, que en Vizcaya, cuyo número de *almas*<sup>52</sup> apenas pasaba de sesenta mil, existían diez mil viudas cuyos maridos habían muerto en defensa de la patria. La patria, por cuya gloria habían dado la vida aquellos diez mil vizcaínos, era Castilla, era España, cuyas glorias y tribulaciones siempre tuvo Vizcaya por tribulaciones y glorias propias, así mientras no la ligaron a ella más vínculos que los de la hermandad y la fe, como desde 1379 en que se incorporó a la corona de Castilla por haber ascendido al trono castellano sus señores condicionalmente hereditarios.

Cuando en tiempos relativamente muy próximos a nosotros, la población aquende el Ebro crecía, crecía de modo que no quedaba vallecito al pie de las montañas ni rellano en las faldas y aun en las *cumbres*<sup>53</sup> de estas que no [se] fuese utiliza[n]do para la población y el cultivo, llegó al santuario de San Bernabé, entonces solitario y aislado en la cumbre de

---

(49) "Este santuario es uno de los muchos que hay desde el Ebro al Océano, separados por un espacio de diez leguas, debidos a la piedad de aquella muchedumbre de monjes y seglares".

(50) "casi señoreada por aquellos por más de siete siglos".

(51) "regularización".

(52) "habitantes".

(53) "cimas".

una colina, un peregrino cuyo cuerpo estaba lleno de cicatrices adquiridas *lidiando*<sup>54</sup> valerosamente por la gloria de su patria, España, en los campos de Flandes [o en los mares ausónicos]. Era un soldado cántabro, que había prometido al apóstol visitar el santuario si tornaba a ver las amadas montañas de la patria.

Decidido a trocar la azarosa [e inquieta] vida del soldado por la [segura y] pacífica del labrador, que había sido la de su primera juventud y se aviene más<sup>55</sup> con la edad provecta, pidió con ardiente fe al santo apóstol que iluminase su inteligencia al escoger el rincón del mundo donde con más honra de Dios y de la sociedad civil había de pasar el resto de su vida; y como al salir del templo echase de ver que a la sombra de este se extendía primero en suave declive y luego en apacible llano, terrenos incultos, soleados y cubiertos de una *espesísima*<sup>56</sup> capa de mantillo vegetal, que prometían pingües cosechas de cereales, legumbres, frutas y vino, entendió que aquel era el sitio que el apóstol le designaba para la creación de su lugar.

Apoyado en las leyes que aseguraban la propiedad de los terrenos *no amojonados e incultos*<sup>57</sup> a sus roturadores, quebrantó algunas aranzadas de terreno, y tales resultados obtuvo de este trabajo que en seguida labró una casería en la cabecera de las nuevas roturas, y [casó con una honrada doncella de aquella comarca que dio calor a su corazón y hogar] *pocos*<sup>58</sup> años después San Bernabé era un pueblecito de veinte *vecinos*<sup>59</sup>, cuya prosperidad envidiaban todos los de la comarca.

### III

En verdad, en verdad os digo que los vecinos de San Bernabé eran dignos de *envidia*<sup>60</sup>. Aldea tan sana y tan alegre y rica y feliz como aquella no existía desde el Ebro hasta el Océano cantábrico, donde ya existías tú, ¡oh mi dulce aldea nativa, que si nunca has sido rica, siempre has sido sana y alegre y relativamente feliz, menos cuando la guerra, que Dios y los

---

(54) “luchando”.

(55) “mejor”.

(56) “espesa”.

(57) “incultos y no enegenados” (sic).

(58) “. Pocos”.

(59) “fogueras”.

(60) “ser envidiados”.

hombre maldigan, ha extendido, [como ahora sucede,] *sobre ti sus negras alas*<sup>61</sup>.

San Bernabé tenía cirujano propio, porque no se dijera que cuando Dios colmaba de prosperidades al pueblo, este trataba de escatimar algunos miles de reales, pero lo cierto es que el cirujano se aburría por no saber en qué pasar el tiempo, pues allí solo se conocía una enfermedad, si bien tan grave que no tenía cura: esta enfermedad era la vejez, que en San Bernabé no solía notarse hasta los setenta años. Únicamente abundaban en el pueblo los partos, porque las sanbernabesas eran [las pícaras muy] fecundas como un demontre; pero aun así se aburría el pobre facultativo, porque como las mujeres eran muy sanas y robustas, al día siguiente de parir *ya las tenía aquel como si tal cosa*<sup>62</sup>. En golpes de mano airada no había que pensar, y esto tenía una explicación muy [lógica y] sencilla; dice el refrán que donde hay harina todo es mohína [o, lo que es lo mismo, todo es tranzos]; y como en San Bernabé no había casa donde la *honra*<sup>63</sup> no sobrara, todos *vivieron*<sup>64</sup> como hermanos, y jamás en la aldea había un quitame allá esas pajas.

Los campos que por término medio suelen dar de peñas arriba el diez por uno de cereales, daban en San Bernabé el *veinte o veinticuatro*<sup>65</sup>. Luego, como en torno a la colina en que se alzaba la aldea coronada por su iglesia [románico-] bizantina [con remiendos ojivales], *se extienden*<sup>66</sup> dilatados encinares con cuya bellota se cebaban centenares de cerdos, y dehesas no menos dilatadas donde millares de ganados reventaban de gordos todo el año, el vecino más pobre tenía cuanto jamón, *leche y carne*<sup>67</sup> necesitaba para el gasto de su casa, y cada año sacaba un dineral del sobrante. El vino que se cosechaba en San Bernabé era flojito, pero el pícaro se dejaba beber que era una delicia y alegraba sin emborrachar, que es lo que deben hacer los vinos como Dios manda. En cuanto a la abundancia y calidad de *los frutos*<sup>68</sup> de San Bernabé, bastará decir en su elogio que desde que coloreaba la primera cereza hasta que lloraba el último higo, todos los

---

(61) "sus negras alas sobre ti".

(62) "estaban como si nada hubiera sucedido".

(63) "harina".

(64) "vivían".

(65) "diez y seis o veinte".

(66) "extendían".

(67) "cecina, carne fresca y leche".

(68) "las frutas".

pájaros de ambas orillas del Ebro trasladaban su residencia a San Bernabé, donde a todas luces armaban una música que arruinaba y desacreditaba a los tamborileros. Solamente la miel que exportaban los sanbernabeses importaba miles de reales al año, porque era tan abundante como rica, merced a la abundancia de flores y plantas aromáticas [que embalsamaban aquel paraíso].

Pues si la abundancia reinaba en todas las casas de la aldea. *¡No le digo a usted nada de lo que*<sup>69</sup> reinaba en la depositaría del municipio! Los gastos de este eran relativamente enormes, porque (culto y clero), cirujano, escuelas de ambos sexos, alguacil, pastor guarda de campo, sereno, *todas las dependencias del municipio estaban espléndidamente dotadas:* y<sup>70</sup> en obras públicas, tales como *la compostura y conservación de caminos y paseos*<sup>71</sup>, limpieza del riachuelo para que sus aguas no se estancasen y produjesen tercianas, se gastaba un sentido. Aun así, la depositaría [municipal] rebosaba siempre dinero, y eso sin necesidad de repartos vecinales, sisas ni arbitrios de ninguna clase: en un solo día del año, con un módico lucro en venta del vino y otros artículos [foráneos] que se reservaba para ese día el ayuntamiento, sacaba este recursos [más que] sobrados para atender a todas sus obligaciones. Este día era el del santo titular, que se celebraba el once de Junio, en la estación de las flores y las cerezas.

Ya desde tiempo inmemorial era muy concurrida la romería de San Bernabé, pero el ayuntamiento del pueblo había encontrado medio de llevar a ella a la cuarta parte de los habitantes de las provincias de ambas orillas del Ebro, y este medio consistía en la preparación de magníficas funciones de iglesia, toros, (¡ya pareció aquello!) comedias, fuegos artificiales, partidos de pelota, bailes, rifas a favor de los forasteros, músicas y fuentes públicas de vino, cuyo programa se fijaba con la debida *anticipación*<sup>72</sup> en el pórtico de las iglesias de los pueblos comarcanos.

*El dinero que los forasteros dejaban en San Bernabé el día de la romería*<sup>73</sup> bastaba para enriquecer a los vecinos en particular y al ayuntamiento en general.

(69) “No digamos nada de la que”.

(70) “todos estaban espléndidamente dotados. Y”.

(71) “el empedrado de la única calle de la aldea, la compostura y conservación de paseos y caminos y”.

(72) “antelación”.

(73) “El dinero que dejaban en San Bernabé los forasteros que acudían a estas fiestas.”.

Para que todo fuese dicha en San Bernabé, aquella aldea hasta tenía la de que los *pedruscos*<sup>74</sup> que asolaban todos los veranos los campos de los lugares cercanos, no tocasen los suyos. Y esto se debía a la sabia previsión de los sanbernabeses. Los curas de Biergol, pueblecito de aquella comarca, tenían desde tiempo inmemorial fama de singular virtud para conjurar los nublados y la oruga, como consta en el archivo municipal de Balmaseda, cuyo ilustre y progresista hijo [o poco menos, pues nació en Carranza y se crió en Balmaseda], el difunto don Martín de los Heros, muy dado a esta clase de investigaciones [históricas], averiguó que la noble villa debió infinitas veces a aquella virtud la salvación de sus amados viñedos. Los sanbernabeses, que no tenían pelo de tontos, se empeñaron *en que su señor cura, costase lo que costase, había de ser natural de Biergol, y se salieron con la suya*<sup>75</sup>.

Esta adquisición les dio soberbios resultados. Asomaba la tempestad rugiendo como un león y negra como el pecado por las cimas de Ordunte, o Angulo, o Gorbea, o Colisa, ((o Ayala)), o *Bagazarri* (sic)<sup>76</sup>, y el *señor don*<sup>77</sup> José, que así se llamaba el cura [biergolano], se encaraba con ella [hisopo en mano] desde el campo de la Iglesia, mientras el sacristán tocaba a *tente-nube*, como diciéndole: ¡*Anda*<sup>78</sup>, chiquita, atrévete a venir acá, que ya nos veremos las caras! La tempestad bramaba de rabia ante aquel desafío, y avanzaba, avanzaba *lanzando*<sup>79</sup> rayos y centellas y piedras y demonios colorados sobre los campos de los lugares cercanos a San Bernabé; pero antes de llegar a la jurisdicción de esta aldea, se paraba palpitando de ira. Lanzaba el trueno gordo para desahogarse un poco, daba media vuelta a la izquierda o a la derecha de San Bernabé, y continuaba su camino, mientras los sanbernabeses seguían al señor cura a la iglesia para entonar el *Te-Deum*<sup>80</sup> por la victoria obtenida sobre el monstruo que amenazaba sus fértiles y benditos campos.

Sólo un pesar lastimaba a los felices sanbernabeses, y era la envidia que les tenían los habitantes de los pueblos comarcanos, y singularmente

---

(74) "pedruscos".

(75) "en que se habían de hacer con un señor cura natural de Biergol, costase lo que costase, que en cosas tan santas y útiles no se debía escatimar dinero, y se salieron con la suya, aunque no había en el mundo más que un señor cura natural de Biergol".

(76) "Pagazarri".

(77) "Sr. D.".

(78) "anda".

(79) "echando".

(80) "*The-Deum*".

los de Biergol, que según sus sospechas andaban siempre sonsacando al señor cura su paisano para que se volviese a su pueblo, que no tenía la dicha de poseer cura natural del mismo.

## IV

Describamos de cuatro plumadas la población de San Bernabé, para que así se comprenda mejor lo que en ella *va a pasar*<sup>81</sup>.

*La iglesia parroquial que, aunque pequeña era muy linda y, como he dicho, coronaba la colina dominando las montañas de las Encartaciones de Vizcaya (el valle de Mena pertenece a la provincia de Burgos, aunque Dios le formó pedacito de Vizcaya) y gran parte de los valles de Mena, Tudela y Ayala*<sup>82</sup>.

Un gran campo *poblado*<sup>83</sup> de seculares encinas, cerezos y nogales, a cuyo pie había asientos de piedra [y una gran mesa de la misma materia para los ayuntamientos abiertos, remates y otros actos de la comunidad], rodeaba la iglesia, prolongándose en semicírculos por el declive oriental de la colina, como para buscar la calle de la aldea que estaba hacia aquel lado y empezaba donde el campo concluía. A un extremo de esta prolongación estaba la casa consistorial, cuyo piso bajo ocupaban las escuelas y la habitación del maestro y la maestra, que eran marido y mujer, [el principal, la sala y otras dependencias municipales] y el superior las del alguacil y otros dependientes del concejo. Al extremo opuesto estaba otra casa de dos pisos, que ocupaban el señor cura, el sacristán y el cirujano. *Por*<sup>84</sup> último, las veinte casas restantes [entre las cuales se distinguía por su escudo de armas, su gran balcón y su venerable aspecto de antigüedad la de los descendientes del poblador de San Bernabé,] formaban una ancha calle, de diez en cada hilera, con medianería de hermosas huertas, en el declive oriental de la colina, empezando, como he dicho, donde concluía el campo, y terminando donde empezaban las heredades que circuían toda la colina, y descendiendo al llano se dilataban por él formando corta pero fertilísima vega.

---

(81) “pasó”.

(82) “De la iglesia parroquial se podía decir lo que se decía de una casita de recreo que hicieron unos amigos míos cuya estatura venía a ser la de un perro sentado: —¡Han hecho Vds. una casa muy linda! Les decíamos un día contemplando el nuevo edificio. —Chiquita, contestó modestamente uno de los dueños. —Pero para Vds. bastante, les replicamos. La iglesia de San Bernabé era chiquita, pero para el pueblo, bastante. Como he dicho, coronaba la colina las montañas de las Encartaciones de Vizcaya y gran parte de los valles de Mena, Tudela y Ayala”.

(83) “sombreado”.

(84) “, por”.

Era una tarde del mes de Julio, y los vecinos de San Bernabé andaban muy ocupados con la siega del trigo y con la resalla o *rescerda*<sup>85</sup> del maíz. El sol se escondía ya tras las cordilleras de Ordunte, rojo como *zamarra* que voltean bajo el enorme mazo los *ola-guizones* del *cadagua*<sup>86</sup>. El señor cura, que compartía la[s] caidita[s] de las tardes de verano entre un hermoso loro que tenía siempre en el balcón y un desportillado breviario que tenía siempre en el bolsillo, hizo una caricia al loro, y saliendo al campo se sentó al pie de una encina a leer su breviario<sup>87</sup>.

[Para acabar con descripciones, que siempre son pesadas, y más hechas por plumas tan a la buena de Dios como la mía,] *Dos*<sup>88</sup> rengloncitos *para dar*<sup>89</sup> a conocer al señor cura, aunque bastante se dará él a conocer durante *este verídico cuento*<sup>90</sup>, en que lo único que tengo que inventar es el modo de decir las cosas un poquito mejor que las dice la gente de quien las averiguo. El Señor cura de San Bernabé era lo que en lenguaje familiar llamamos un bendito: tenía en el corazón el máximum de la fe y la bondad que se necesitan para ascender al cielo, y en la cabeza el mínimum de la inteligencia que se necesita para ascender al sacerdocio.

Una mujer pasó viniendo de hacia las heredades, y entre ella y el señor cura se entabló el diálogo siguiente:

—¡Buenas tardes, señor don José!

—Buenas te las dé Dios, Juana. ¿Vas ya de retirada, eh?

—Sí, señor, voy a preparar la cena, porque aquellos pobres ya tendrán gana.

—[i]La siega es ((un)) trabajo muy pícaro[!].

—Calle usted, señor, si al cabo del día tronza el espinazo y los brazos, y más aquí que pesa tanto la espiga.

—Este año parece que está bueno el trigo.

—Como todos los años. [i]No parece sino que Dios derrama todas sus bendiciones sobre San Bernabé[!].

---

(85) "(rescarda)".

(86) "Cadagua".

(87) Este párrafo fue situado en "El primer pecado" después del que sigue aquí.

(88) "dos".

(89) "que den".

(90) "esta verídica narración".

—¡Es lástima que no conceda igual beneficio a los pobres pueblos inmediatos!

—Ande usted, señor, que bien merecido lo tienen por envidiosos.

—Mujer, no digas eso.

—¿Y por qué no lo he de decir? ¡Ay(!) señor don José; ((¡))ya se conoce que usted no es del pueblo!

—¿También tú sales con esas chocheces? Para el sacerdote todos los pueblos son uno, porque todos los hombres, vivan donde vivan, son hijos de Dios, por consiguiente, hermanos.

—Sí; pero a cada uno le tira su pueblo más que los otros, como le sucede a usted.

La mujer continuó su camino, y poco después, de la chimenea de su casa se alzaba una azul humareda. Sucesivamente fueron pasando otras mujeres, teniendo parecida conversación con el señor cura, y sucesivamente fue alzándose humo de *otras casas*<sup>91</sup>.

## V

El sacristán atravesó el campo, dirigiéndose a la iglesia, y tocó a la oración. Ya entonces conversaban con el cura algunos vecinos que iban llegando de las heredades y se iban sentando bajo las encinas para descansar, charlar un poco y echar una pipada, mientras en su casa se preparaba la cena.

El señor cura, al oír el toque de campana, se levantó, se descubrió la cabeza, y todos le imitaron. Rezadas las Ave-Marías, que dirigió el señor cura, todos volvieron a sentarse, a fumar y a charlar.

Poco a poco fueron llegando otros vecinos, hasta reunirse allí casi todos los de la aldea. Hacia el camino del monte sonaron cencerillas de ganado, y un momento después aparecieron en el campo todas las cabras y ovejas del pueblo, que en verano dormían al *fresco*<sup>92</sup> en dos grandes rediles, colocados, el de las ovejas delante de la casa del señor cura, y el de las cabras delante de la casa ((consistorial o)) del concejo.

Las cabras eran todas blancas, como generalmente lo son las de aquella comarca, menos una, que era negra como la mora. Esta cabra llamó la atención de los sanbernabeses.

---

(91) “todas las chimeneas”.

(92) “aire libre”.

—¡Calla!, dijo uno de ellos; ¡esa cabra es forastera!

—De juro, asintieron otros.

—Hombre, ¡qué gorda y hermosa es!

—¿De dónde es esa cabra negra, pastor?

—Ella, contestó el pastor, forastera es; pero no sé de dónde, porque en el monte se han reunido hoy con las nuestras las de Biergol y otros lugares [que las tienen blancas, negras y pintas].

Al día siguiente, a la misma hora, la misma cabra apareció en el mismo sitio, entre las de San Bernabé, y suscitó parecida conversación.

Al otro día sucedió lo propio.

—Por lo visto, dijo uno de los vecinos, la cabra negra se ha empeñado en ser Sanbernabesa.

—¡Y qué alhaja es! Hombre, ¡si revienta de gorda!

—¡Sabían ustedes que para una merienda entre todos los vecinos del pueblo [a la caidita de la tarde, en la mesa del concejo], era pedir de boca!

—Excelente idea!

Los sanbernabeses tenían en aquel instante flojo el estómago, y ya se sabe que esta flojedad inspira las ideas más atrevidas [y pecaminosas]. ¡Cuántas *resoluciones*<sup>93</sup> políticas han sido inspiradas por la flojedad de estomago!

—¡No digan ustedes disparates! Replicó el señor cura disgustado de que aun en broma tratasen gentes cristianas y honradas de apropiarse de lo ajeno.

—Usted ha de perdonar, señor cura, le contestó uno de los vecinos, pero no me parece ningún disparate el que nos comamos en amor y compañía una cabra que no tiene dueño.

—¿Y quién les dice a ustedes que no le tiene?

—Claro está que no le tiene, cuando nadie la reclama<sup>94</sup>.

—En ese caso también se diría que no tiene dueño el bolsillo [lleno] de dinero que uno se encuentra en un camino, y sin embargo no puede uno disponer de ese dinero, aunque su dueño no lo reclame.

---

(93) "revoluciones".

(94) "Cuando nadie la reclama, claro está que no le tiene".

—¿Que no? ¡Ave María purísima! *Nunca oí otro tanto*<sup>95</sup>. ¡Diga usted que yo me encontrara mañana una docenita de onzas, y vería usted si disponía o no de ellas! Lo que se pierde es del que se lo encuentra.

—Lo que se pierde es del que lo ha perdido. La Sagrada Escritura dice: “Si encontrases buey u oveja de tu prójimo, *devolvérsele*<sup>96</sup> debes.”

—Pero venga usted acá, señor cura, y dígame una cosa. Si mañana, u otro día, se va una cabra de las nuestras... *por ejemplo*<sup>97</sup>, con las de Biergol, y los de Biergol ven que pasan días y días sin reclamarla su dueño, ¿cree usted que no se la comerían?

—Harán muy mal si se la comen.

—Pero se la comerán.

—¡Claro está!, exclamaron todo los vecinos.

—Pues yo digo que está turbio, replicó cada vez más incomodado el señor cura, levantándose de su asiento.

—Nada, nada; mañana, si Dios quiere, que es domingo, a la caidita de la tarde, hacemos *aquí mismo*<sup>98</sup> una merendona con la cabra negra.

—No harán ustedes semejante picardía.

—*Pero ¿por qué no, señor cura?*<sup>99</sup>

—Porque sería faltar a los Mandamientos de la ley de Dios.

—¡Ca! Repuso con malicia uno de los vecinos; no es por los Mandamientos por lo que se opone usted a que nos comamos la cabra; es porque sospecha usted que la cabra es de Biergol.

—¡Justo, por eso es!, asintieron todos los demás.

—Ya me tienen ustedes harto con sus ruines sospechas. ¡Pero no sean ustedes tercos, hombres de Dios! Si quieren tener mañana una merienda, ténganla como Dios manda; háganlo a escote [que gracias a Dios en San Bernabé no hay quien no pueda permitirse ese despilfarro].

---

(95) “¡Nunca oí otro tanto!”.

(96) “devolvérsele”.

(97) “pongo por caso”.

(98) “en la mesa del concejo”.

(99) “¿Pero por qué no, señor cura?”.

—¡A escote! Eso no tiene gracia. La gracia está en que merendemos sin costarnos un cuarto.

—*A costa del vecino, ¿no es verdad?*<sup>100</sup>

—*Del vecino, ¿eh? Ahí, ahí es donde le duele a usted, señor cura*<sup>101</sup>.

El señor cura no pudo aguantar más: viendo que no había medio de convencer a aquellos majaderos, tomó el camino de su casa, después de *lanzarles*<sup>102</sup> esta especie de triste profecía:

—Harán ustedes la picardía que se les ha puesto en la cabeza, pero no la harán impunemente; San Bernabé ha sido hasta aquí un pueblo feliz y próspero, porque hasta aquí ha sido justo y honrado; pero tengan ustedes entendido que los individuos, las familias y los pueblos, empiezan a ser desgraciados allí donde empiezan a ser injustos. [El primer pecado, por pequeño que sea, es como la bola de nieve, que por pequeña que sea va creciendo, creciendo y aplasta una ciudad.]

Las sanbernabeses se pusieron un poco pensativos al oír estas palabras [pronunciadas de tal modo que parecía animar al señor cura el espíritu profético que vaticinó la ruina de ciudad deicida]; pero como uno de ellos exclamase, al fin:

—¡Qué demonios! *Dejémos*<sup>103</sup> de escrúpulos de monja, y merendemos mañana la cabra negra.

—Sí, sí, asintieron casi todos, *mañana domingo nos la merendaremos con un pellejo de vino*<sup>104</sup> que pagaremos a escote.

Y [,] en efecto, al día siguiente la cabra se merendó entre todos los vecinos en el encinar de la iglesia, con gran algazara y salvas de cohetes y escopetazos y burlescos brindis a los lugares inmediatos y particularmente a Biergol.

Entre tanto, el señor cura pedía a Dios en la iglesia que no tomase en cuenta la obstinación con que aquellas gentes, hasta allí justas y honradas, quebrantaban uno de sus *mandamientos*<sup>105</sup> [cometiéndolo el primer pecado].

---

(100) "¿A costa del vecino, no es verdad?"

(101) "¿Del vecino, eh? ¡Ahí es donde le duele al señor cura".

(102) "dejarles".

(103) "dejémos".

(104) "Mañana caerá alrededor de la mesa del concejo con ayuda de un pellejo de vino".

(105) "Mandamientos".

## VI

Una tarde de Agosto, justamente un mes después que los sanberna-beses se merendaron la cabra negra, estaba agonizando un anciano de San Bernabé, y el señor cura le prodigaba sus consuelos.

Allá, sobre las cumbres de Ordunte, se ponía oscuro, oscuro el cielo, brillaba el relámpago y rugía *sordamente el trueno*<sup>106</sup>.

Era la una de la tarde, y los labradores dormían la siesta en sus casas, esperando a que en la torre de la iglesia *sonaran*<sup>107</sup> las dos para volver a sus heredades.

La tempestad se iba acercando, como que se cernía ya sobre los campos de Nava, *Jijano y el Benon*<sup>108</sup>, pero nadie se curaba de ella en San Bernabé, acostumbrado como estaba el vecindario a que el señor cura diese buena cuenta de ella con sus conjuros.

Sin embargo, un grito de *terror*<sup>109</sup> y asombro resonó en todas las casas al sentir [sus moradores] el estallido de un rayo que *derribó la encina mayor del campo, precisamente aquella a cuya sombra había sido merendada la cabra negra*<sup>110</sup>, y al sentir el ruido de una nube de piedra como nueces, que rompía las tejas y los cristales de las casas y destrozaba el ramaje de los *árboles*<sup>111</sup>.

En el momento en que la terrible tempestad se alejaba de San Bernabé, el señor cura salió de casa del moribundo, entró en la iglesia y tocó a muerto. ¡El anciano a quien auxiliaba acababa de espirar (sic)!

Los vecinos salían de sus casas, y dirigiendo la vista a la vega desde las cercanías de la iglesia, prorumpían (sic) en lágrimas y gritos de desolación: era porque el terrible pedrisco había asolado completamente los campos de San Bernabé. *Todo, maizales, viñedos, patatas, colmenares. Todo,*

---

(106) “la tempestad”.

(107) “sonasen”.

(108) Estos dos últimos topónimos están incorrectamente escritos. El nombre de los pueblos es Gijano y el Berrón, entonces sin tilde. En “El primer pecado” se corrige el nombre del último pero no el anterior.

(109) “horror”.

(110) “partió la mesa del concejo y derribó la encina que lo cobijaba”.

(111) “frutales de los huertos”.

*todo había sido destruido*<sup>112</sup>. [Hasta el ganado menudo que pastaba en el campo había sido muerto por el pedrisco.]

Muy pronto los lloros y las lamentaciones se trocaron en gritos de indignación y amargas reconvencciones dirigidas al señor cura, porque no había conjurado la tempestad.

En vano el señor cura hizo presente al vecindario que no merecía tales reconvencciones, porque un deber sacratísimo [superior a todo interés humano] le había detenido al lado del moribundo, que le pedía no le abandonase en el momento supremo: no faltó quien malévolamente observase que si el señor cura no había conjurado la tempestad, había sido por temor a que retrocediese y diese la vuelta por Biergol, cuyos campos se habían librado de ella a costa de los de San Bernabé, y gracias a aquella picardía del señor cura.

Esta insensata idea encontró acogida en el vecindario, e indignó de tal modo al señor cura que este creyó *rebajarse rechazándola*<sup>113</sup>.

Pocos días después de la tempestad, otra tempestad cayó sobre San Bernabé, a pesar de que el señor cura hizo grandes esfuerzos para conjurarla. La cabra merendada por los sanbernabeses pertenecía al lugar de Biergol, cuya comunidad poseía un rebaño de cabras conocido con el nombre de rebaño del concejo. Sabedores los biergoleses de que los de San Bernabé se habían merendado la cabra con acompañamiento de brindis provocativos, entablaron demanda contra ellos, a pesar de que el cura de San Bernabé, su paisano hizo cuanto pudo para disuadirlos de semejante paso, y aun se comprometía a *abonar de su bolsillo el valor de la cabra*<sup>114</sup>.

Los sanbernabeses creyeron absurdamente que aquella era una cuestión de amor propio y no de dinero, y juraron que los biergoleses no habían de ver un cuarto por la cabra; porque todo, todo era envidia y solo envidia que Biergol tenía desde muy antiguo a San Bernabé.

El pleito siguió corriendo instancias y más instancias, y haciéndose interminable con gran contento de la curia, que sacaba las entrañas... del bolsillo a los sanbernabeses. No era este el único filón de la mina de San Bernabé que explotaba la curia: apenas había allí casa que no tuviera algún individuo en la cárcel del valle de Mena por quimeras tenidas con los de los pueblos comarcanos. La causa de estas quimeras era también la *mal-*

---

(112) "¡Todo, maizales, viñedos, parrales, frutales, colmenares; todo, todo había sido destruido!".

(113) "rebajar su dignidad descendiendo a rechazar semejante absurdo".

(114) "pagar de su bolsillo la cabra merendada".

*decida*<sup>115</sup> cabra negra, con tanta alegría ((y chacota)) merendada por los sanbernabeses. No iba uno de estos por cualquier parte del valle de Mena, de Álava, de Vizcaya, de la Montaña y aun de la orilla opuesta del Ebro, sin que tuviera que escoger entre armarse de la paciencia de Job o armarse de una estaca y empezar a estacazos con todo bicho viviente, porque eran capaces de cargar a Cristo padre las bromas que a cuenta de la condenada cabra negra se daban en todas partes a los sanbernabeses.

—¿De dónde sois? Les preguntaban.

—De San Bernabé.

—¡Beee! Berreaban entonces los interrogadores, y ya estaba armada la paliza.

Por cerca de la colina de San Bernabé atravesaba una calzada que iba a la villa de Arceniega y continuaba por el valle de Ayala hacia Orduña. No pasaba por ella hombre ni mujer que al dar frente a San Bernabé no se desgañitase a fuerza de balar de la manera más provocativa, sin que sirviesen de escarmiento las palizas que con frecuencia administraban los sanbernabeses a los baladores.

Estas bromas iban siendo ya una pesadilla insoportable para los vecinos de San Bernabé, tanto que no se podía pronunciar delante de ellos el nombre de su pueblo o el santo que a su pueblo daba nombre, sin que se les figurase que intencional y malignamente se había prolongado la terminación de aquel nombre.

El mismo señor cura había tenido muchas veces el disgusto de oír en la iglesia murmullos de *indignación al pronunciar*<sup>116</sup> el nombre del santo apóstol del lugar, y aquellos murmullos procedían de que los suspicaces sanbernabeses habían creído notar que el señor cura duplicaba la e final del nombre del santo.

Más ((aún)), aunque parezca increíble y exagerado: hasta las ovejas eran ya insoportables a los obcecados sanbernabeses, que no podían tolerar sus inocentes balidos, y con frecuencia sucedía una cosa que daba más y más pábulo a las burlas y chacota de los habitantes de aquella comarca.

((Hay que convenir en que los septentrionales que habitamos esta faja de verdes y quebradas montañas que corre de Oriente a Occidente entre el Ebro y el Océano, no somos menos alegres y amigos de “tomar el pelo” como por acá se dice, que los meridionales de las orillas del Guadalquivir.))

---

(115) “maldita”.

(116) “desaprobación cuando pronunciaba”.

Oían los sanbernabeses un coro de balidos en los sombríos encinares que rodeaban la *colina en que se alzaba la aldea*<sup>117</sup>; corrían a los encinares armados de escopetas y estacas bramando de indignación, y se encontraban con que los balidos que tanto habían exaltado su bilis eran los de las cabras y ovejas de la aldea.

Una nueva calamidad vino muy pronto a aumentar y agravar las que ya afligían a San Bernabé, antes tan feliz y tranquilo: como el arca común había quedado sin un cuarto con el interminable pleito con los de Biergol, y no había que pensar en repartos al vecindario porque este estaba ahogadísimo con la pérdida total de las cosechas del año anterior causada por el pedrisco y con los procedimientos judiciales que se seguían particularmente contra los vecinos, se había descuidado la limpia del riachuelo que corría por la vega y estancadas las aguas, tanto en el cauce del río como en las zanjas de las heredades, a donde se corría(n) en tiempo de avenidas, las aguas se habían corrompido, y la aldea de San Bernabé, antes tan sana, estaba infestada de calenturas malignas que diezmaban al vecindario y tenían convertidas en espectros a aquellas gentes, en otro tiempo tan robustas que causaban el asombro y la envidia de los *forasteros*<sup>118</sup>.

Pero no paraban en esto las desgracias que afligían a San Bernabé: la discordia reinaba entre los moradores, tan *paternalmente*<sup>119</sup> unidos hasta el día en que se *comieron*<sup>120</sup> la ((fatal)) cabra negra. Estas discordias tenían una explicación muy sencilla, aunque fuese poco racional la causa de ellas; esta causa era, en primer lugar, la falta de harina, que lo convertía todo en mohína; y en segundo, el empeño que todos tenían en atribuir al vecino la idea de la merienda que con razón se creía ser el origen principal de todas las calamidades y desgracias que pesaban sobre la aldea.

—¡Maldita sea la tal merienda y maldito el hijo de cabra a quien se le ocurrió la idea de que merendáramos la de Biergol!, exclamaba cualquier vecino lamentando las desgracias que la merienda había traído.

Y... que si fuiste tú, que si no fui yo, que si Fulano dijo esto, que si Mengano dijo lo otro, [que si Perengano dijo lo de más allá,] todos querían cubrirse con la túnica de la inocencia y endosar al vecino la hoja de la higuera, y de aquí nacieron enemistades y chinchorrerías y puñetazos que tenían infernado al pueblo.

---

(117) "vega".

(118) "viajeros".

(119) "fraternalmente".

(120) "merendaron".

Luego, como todos los sanbernabeses habían concebido tan irracional prevención contra el señor cura, por más que este hiciera heroicos esfuerzos de paciencia y persuasión para vencerla, hasta los consuelos de la religión faltaban en gran parte a aquellos desgraciados, que tenían la debilidad de creer que el señor cura mezclaba con las santas funciones de su ministerio las rencillas y miserias de que ellos tenían lleno el corazón.

Un consuelo, una esperanza quedaba, sin embargo, a los sanbernabeses. Por fin, decían, la fiesta de San Bernabé se acerca y entonces saldremos de ahogos con los miles de duros que ese día dejan en el pueblo los forasteros. A ver si con esos recursos nos desahogamos un poco los vecinos, y el ayuntamiento puede limpiar ese condenado de río que nos está asesinando, y enderezar ese maldito de pleito con los de Biergol que está arruinando a San Bernabé.

## VII

El gran día de San Bernabé se acercaba. Con quince de anticipación se reunieron todos los vecinos de la aldea, según costumbre, para acordar las funciones con que se había de obsequiar a los forasteros. En esta junta o concejo había aquel año una novedad, y era la de no asistir a ella el señor cura, como había asistido todos los años.

Uno de los vecinos tomó la palabra y dijo:

—Señores, no me gusta hablar mal de nadie, y [mucho] menos aún del que no está presente, y menos aún del que gasta corona; pero no puedo menos de proponer al concejo un voto de censura al señor párroco por su falta de asistencia a una reunión tan importante como esta, falta que este año es más censurable que nunca, porque hasta indica poca caridad hallándose el pueblo en la desgraciada situación en que se halla.

—Abundo en esas mismas ideas, respondió el mayordomo del santo [, que lo era el descendiente del primer poblador de San Bernabé]. Es verdad que al señor cura no se le ha avisado este año por causas que todo el vecindario sabe...

—(¡)Que diga el señor mayordomo que causas son esas, porque aquí hay que hablar muy claro, pese a quien pese(!) [y caiga quien caiga] exclamó otro vecino, dando grandes muestras de irritación.

—Pues bien, respondió el mayordomo, las diré, aunque nadie me ha de dar dos cuartos por la noticia. Aquí hay que tratar, aunque sea incidentalmente, de los forasteros, y quizá, y sin quizá, hablando mal de ellos, y hubiera sido poco delicado y generoso el *citar*<sup>121</sup> para esta reunión al señor cura, que tanta afición les tiene...

---

(121) “haber citado”.

—A propósito del señor cura, añadió el vecino que había dicho era menester hablar muy claro, tengo que poner en conocimiento del concejo una cosa que me tiene indignado: el señor cura, no contento con insultarnos hasta en la iglesia misma añadiendo letras al nombre del santo apóstol, ha enseñado a su loro a burlarse de nosotros, pues el avechicho se permite hablar desde el balcón.

Gritos de rabia y miradas amenazadoras dirigidas hacia la casa del señor cura, con acompañamiento de puños cerrados, acogieron esta declaración.

—Señores, dijo con timidez el sacristán, no llevemos tan lejos la desconfianza. El señor cura no tiene la culpa de que su loro bale. Como en verano duermen las ovejas al fresco en el redil que se pone delante de casa del señor cura y no paran de balar hasta ((que)) por la mañana, [en que] después de ordeñarlas, se las junta con las crías, el loro ha aprendido por sí solo a imitar sus balidos.

Esta aclaración encontró algunos incrédulos; pero medio creída por la mayor parte del vecindario, se dejó en paz al señor cura, y se pasó a tratar de las funciones que aquel año se habían de disponer para el día de San Bernabé, y después de mucho hablar, mucho discurrir y mucho divagar, se convino que las funciones se redujeran a la de la iglesia, con sermón que *por bien o por mal*<sup>122</sup> echaría el señor cura, y al disparo por la tarde, desde el balcón del señor mayordomo, de cinco o seis docenas de cohetes, y por la noche de una rueda de fuego, porque en la depositaría municipal no había dinero, ni el pueblo tenía de donde sacarlo.

—Pero, señores, observó uno de los vecinos, si no hay más diversiones que esas, ¿qué van a decir los forasteros, acostumbrados como están a que los divirtamos tanto el día del apóstol. Añadamos si quiera un par de buenos novillos.

—Sí, sí, yo estoy por un par de novillos de los más bravos, asintió el vecino que quería que se dijese todo, pesara a quien pesara [y cayera quien cayera]; pero ha de ser con una condición, y es la de que no se suelten hasta después de haber metido en el coso a todos los biergoleses que hayan venido a la fiesta.

El concejo no estaba para risas, pero aun así rió al oír esta proposición, y no faltó pedazo de animal que la tomó por lo serio.

Convínose en añadir al programa el par de novillos, y el concejo se disolvió en seguida.

---

(122) "por buenas o por malas".

## VIII

Llegó la víspera San Bernabé con tiempo inmejorable, aunque algo ventoso. El campo de la iglesia se llenó de puestos y figones; cada casa se convirtió en una fonda, y toda la noche se pasó matando y desollando reses.

La taberna del concejo estaba provista de más de cien pellejos de vino *de Rioja*<sup>123</sup>, y en todas las casas se puso ramo de laurel fresco [anunciando el sabrosillo zuma de uva sanbernabesa].

En cuanto a la función de la iglesia, el señor cura había prometido hacer todo lo que estuviese de su parte, para que fuese lo más lucida posible, y había arreglado y estudiado un panegírico del santo que creía había de producir muy buen efecto, particularmente la invocación o apóstrofe final dirigido a *San Bernabé*<sup>124</sup>, pidiéndole que viera el estado en que se hallaba el pueblo que se honraba con su santo nombre e intercediera con el Señor para que mejorar tan triste situación.

Pobres eran las diversiones dispuestas para el día siguiente; pero aun así los chicos y aun los grandes se regocijaban pensando en los novillos, y sobre todo en los cohetes y la rueda de fuego que desde la calle veían en el balcón del mayordomo., donde este los había colocado pomposamente para que el público pudiera contemplarlos.

Amaneció por fin el deseado día, y los sanbernabeses dirigieron la vista hacia Ayala, hacia las Encartaciones, *hacia el valle de Tudela, hacia Sartecilla*<sup>125</sup>, hacia todas partes, esperando ver asomar aquella infinita muchedumbre de romeros que en tal día y a tal hora se dirigía otros años hacia San Bernabé; pero con gran sorpresa y dolor solo descubrieron algunas personas, y entre ellas media docena de escopeteros que el alcalde mayor del valle de Mena enviaba para mantener el orden, que temía se turbase con motivo de las bromas y cuestiones que mediaban entre los sanbernabeses y los vecinos de los lugares inmediatos.

Esta falta de forasteros tenía una explicación *muy sencilla*<sup>126</sup>: sabíase en todas partes que las calenturas y la discordia reinaban en San Bernabé,

---

(123) “riojano”.

(124) “al santo titular”.

(125) “hacia la Peña, hacia Bortedo”. Por otra parte, en la primera versión del cuento, la que se está transcribiendo, “Sartecilla”, está escrito incorrectamente, pues el topónimo real es “Santecilla”.

(126) “al alcance del menos perspicaz”.

y se sabía también que los sanbernabeses habían acordado reducir poco menos que a nada las funciones.

[Había además otro motivo para que estuviese desanimadísima la fiesta de San Bernabé. Los de Biergol, deseosos de cumplir sus promesas de mandar decir y oír misas en el altar del Apóstol sin necesidad de ir por ello al pueblo que tal ojeriza les tenía, habían erigido una ermita al mismo santo en un llano de su jurisdicción, donde todavía existe y es muy venerada. Más aún habían hecho los biergoleses, y es probable que en ello se mezclase lo profano con lo piadoso: habían anunciado por edictos fijados en todos los pueblos de aquellas comarcas la erección de su ermita a San Bernabé, añadiendo que se abriría al culto solamente el día del santo, y en celebración de tan fausto suceso habría grandes festejos, entre ellos corridas de toros y fuente de vino.

Nada de esto sabían los obcecados y presuntuosos sambernabeses (sic), y si sabían algo creían que se iban a llevar chasco los biergoleses, pues ¡qué forastero había de hacer caso de un San Bernabé hecho como quien dice el día anterior del primer zoque de encina que los biergoleses habían encontrado a mano!].

La hora de la [función] de iglesia se acercaba, y apenas llegaban a doscientos los forasteros, con la particularidad de no hallarse entre ellos ninguno de Biergol. Tan inesperada falta de concurrencia a la romería tenía desesperados a los sanbernabeses, y *la ausencia absoluta de los de Biergol les hacía sospechar que en esto último andaba la mano oculta del señor cura, contra quien se recroducieron (sic) con tal motivo el enojo y la desconfianza*<sup>127</sup>.

[Entonces empezó a correr el sordo rumor de que en todo aquello andaba la mano oculta del señor cura, y hasta se llevó la suspicacia y la malignidad al punto de sospechar si el señor cura habría cambiado la imagen del Apóstol dándosela a los de Biergol y sustituyéndola con la que habían hecho de un encina cualquiera los biergoleses.

El disgusto era tanto mayor cuanto que no cesaban en la calzada que atravesaba los encinares los provocativos balidos de las gentes que iban hacia Biergol]<sup>128</sup>.

---

(127) "desesperación que se aumentaba con las noticias que se iban recibiendo de que por todas partes se dirigía la gente hacia Biergol".

(128) Seguido en el mismo párrafo: "y un incidente que ocurrió poco antes de empezar la misa vino a envenenar más y más los ánimos: algunos de los pocos forasteros que habían venido de lejos, habían almorzado fuerte apenas llegaron, y, como respondiendo a los balidos que oían en

...

*Un incidente ocurrido poco antes de empezar la misa, vino a envenenar más y más los ánimos; algunos forasteros que venían de lejos almorzaron fuerte apenas llegaron, y excesivamente alegres con el morenillo de Rioja, cometieron la imprudencia de lanzar dos o tres balidos, con lo que entre ellos y los del pueblo se armó una paluquina de mil demonios, que con dificultad consiguieron detener los escopeteros.*

Por fin empezó la función de iglesia, llenándose esta ((, que era pequeña,)) de gente. [Como la iglesia era pequeña, todos los años se decía la misa mayor en un altar con la venerada imagen del Apóstol, que se colocaba en el pórtico para que desde el campo pudiera la muchedumbre asistir al santo sacrificio; pero entonces no creyó el señor cura que había necesidad de celebrar fuera, por más que la gente estuviera dentro un poco apretada]. El altar estaba, como suele decirse, hecho un ascua de oro con la infinidad de luces que en él ardían.

La procesión alrededor de la iglesia fue solemne y tranquila, si bien el viento del Sur que soplaba desde la noche anterior bastante *impetuoso*<sup>129</sup>, apagó todas las hechas (sic), y faltó poco para que derribase imagen y estandarte. [Hubiera sido lástima tener que celebrar la misa en el pórtico, porque con aquel airejón no hubiera podido lucir la iluminación del altar, que dentro estaba como un ascua de oro con la infinidad de luces que en él ardían.]<sup>130</sup>

Empezó la misa, y después del Evangelio el señor cura subió al púlpito y comenzó el panegírico del santo apóstol. Apenas había dado principio a su oración, se manifestaron, con escándalo de todas las personas sensatas y piadosas, las brutales prevenciones que los sanbernabeses abrigan contra su candoroso párroco, pues no nombraba este una sola vez a San Bernabé, sin que estallasen murmullos de descontento, creyendo el obcecado vecindario que el sacerdote prolongaba intencionadamente la última sílaba del nombre del santo. Dolorosamente afectado el señor cura con la obcecación e injusticia de sus feligreses, abrevió cuanto pudo el sermón, y se volvió hacia el *apóstol*<sup>131</sup> para dirigirle el piadoso apóstrofe que

...

la calzada el encinar, se pusieron a balar desesperadamente en el campo de la iglesia, por lo que entre ellos y los del pueblo se armó una paluquina de mil demonios que con dificultades consiguieron contener los escopeteros”.

(129) “recio”.

(130) Como puede apreciarse el autor ha traído aquí el final del párrafo anterior.

(131) “Apóstol”.

había preparado cuidadosamente y esperaba había de producir saludabilísimo efecto [, así en el santo como en el vecindario].

—Santo y glorioso apóstol, exclamó, ve, ve...

Salvajes gritos de ira interrumpieron al predicador, que no pudo completar la frase de "¡ve, ve el tristísimo estado en que se halla el pueblo que patrocinas!"

—¡Matarle! ¡Matarle! ¡Que muera! —gritaban hombres y mujeres promoviendo un tumulto espantoso.

*Dos hombres furiosos y desatentados se lanzaron al púlpito y arrojaron desde él al señor cura, que se desnucó al dar contra una columna del templo*<sup>132</sup>.

*Y como la confusión y el desorden creciesen cada vez más, algunas personas subieron sobre los altares, esperando librarse así de morir ahogados o aplastados*<sup>133</sup>.

Los que habían subido *sobre el*<sup>134</sup> altar mayor derribaron algunas velas de las *infinitas que allí ardían*<sup>135</sup>, y prendiéndose una cortina, el fuego se extendió rápidamente por el retablo, que estaba como yesca por su mucha antigüedad, y trepando al techo que era de madera laboreada, se extendió rápidamente por todo el templo, avivado por el viento ((del)) Sur que entró de repente por las puertas [principal y laterales,] que abrió de par en par la muchedumbre para lanzarse fuera de la iglesia.

*La gente aterrorizada huía*<sup>136</sup>, y los escopeteros pugnaban por apoderarse de los principales promovedores de aquel terrible tumulto, y particularmente de los asesinos del párroco.

Algunos de los perseguidos se refugiaron en casa del mayordomo, que era *una de las primeras de la calle*<sup>137</sup>, y cerrando tras sí la puerta,

---

(132) "Dos de los más furiosos y desatentados se lanzaron al pie del púlpito, que estaba sostenido casi solo por una esbelta columna de piedra, y abrazándose a la columna, la sacaron de su base y derribaron el púlpito con el predicador, que fue a dar contra un pilar de la iglesia, donde se deshizo la cabeza".

(133) "Como la confusión y el desorden crecían cada vez más, muchas personas se subieron sobre los altares esperando librarse así de morir ahogadas y aplastadas".

(134) "al".

(135) "muchas que ardían allí".

(136) "La gente, atemorizada, huía".

(137) "la más sólida del lugar".

empezaron a hostigar desde el balcón y las ventanas a los escopeteros que querían forzar la entrada. Muebles y cacharros [y hasta agua hirviendo] caían sobre los escopeteros desde el balcón. Entonces los escopeteros hicieron fuego a los que desde el balcón los hostilizaban, y los cohetes y la rueda de fuego que estaban allí se inflamaron [; el fuego se comunicó al cortinaje interior del balcón], y pronto la casa se vio envuelta por las llamas, que impulsadas por el viento, fueron apoderándose de las demás de la única calle que constituía casi toda la aldea.

Algunos vecinos y forasteros hicieron desesperados esfuerzos por salvar de las llamas así el templo como las casas; pero todo fue inútil: pocas horas después, de la hermosa aldea de San Bernabé sólo quedaban montones de cenizas y escombros! [, que atestiguaban a dónde puede conducir, así a los individuos como a los pueblos, el primer pecado]!

((Tal es la triste historia de la solitaria cruz rodeada de zarzas y yezgos, que me contaron una tarde caminando a la sombra septentrional de la cordillera pirenaico- cantábrica.)).

## 6. Bibliografía

- AMORES GARCÍA, Montserrat, “Antonio de Trueba y su obra literaria”, en *Antonio de Trueba (1819-1889). Cronista de Bizkaia*, Bilbao, Museo de las Encartaciones y Juntas Generales de Bizkaia, 2020, pp. 102-153.
- AMORES GARCÍA, Montserrat, *Antonio de Trueba y el cuento popular*, Bilbao, Departamento de Cultura de la Diputación Foral de Bizkaia, 1999.
- ARRIBAS MAGRO, María del Carmen, *El valle de Manzanedo. El valle de Mena*, Madrid, ACCI Ediciones, 2019.
- BAQUERO GOYANES, Mariano, *El cuento español en el siglo XIX*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1949.
- BAQUERO GOYANES, Mariano, *Qué es la novela. Qué es el cuento*, Murcia, Universidad de Murcia, 1988.
- BAQUERO GOYANES, Mariano, *El cuento español, del Romanticismo al Realismo*, ed. Ana Luisa Baquero Escudero, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992.
- BARRIO MARCO, Javier, y Goyo BAÑALES GARCÍA, “¿Cuándo nació Antonio de Trueba y de la Quintana?”, en *Antonio de Trueba (1819-1889). Cronista de Bizkaia*, Bilbao, Museo de las Encartaciones y Juntas Generales de Bizkaia, 2020, pp. 17-25.
- BECERRO DE BENGEOA, Ricardo, “Antonio de Trueba”, *La España Moderna*, 1889, pp. 95-144.

- BUSTAMANTE BRICIO, José, *Antonio de Trueba y el valle de Mena. “El primer pecado”*, Villarcayo (Burgos), Imprenta García, 2003.
- CARO BAROJA, Julio, *Las brujas y su mundo*, Madrid, Alianza, 1990.
- Diccionario de Literatura Universal*, ed. José Jesús de Bustos Tobar, Madrid, Anaya, 1985.
- EREÑO ALTUNA, José Antonio, *Antonio de Trueba. Literatura, historia y política*, Bilbao, 1998.
- FUENTE IRUROZKI, Manuel, “Mi abuelo Antonio de Trueba”, [www.euskalnet/laviana/monografias/truebamiabuelo.html](http://www.euskalnet/laviana/monografias/truebamiabuelo.html). Consultado el 03/10/2020.
- GONZÁLEZ BLANCO, A. *Antonio de Trueba. Su vida y sus obras. (Páginas escogidas)*, Bilbao, Librería Villar, 1914.
- HEROS, Martín de los, *Historia de Valmaseda. Villa del Antiguo Señorío de Vizcaya*, Valladolid, Editorial Maxtor, 2014.
- PÉREZ NÚÑEZ, Javier, “Antonio de Trueba ante la revolución de 1868 y la abolición foral: en el tránsito de la literatura del doble patriotismo a la nacionalidad vasca”, *Historia Constitucional* 22, 2021, pp. 360-374.
- PÉREZ NÚÑEZ, Javier, “Didáctica para una acción católica conservadora. Los cuentos populares de Antonio de Trueba”, *Hispania Sacra* 146, julio-diciembre 2020, pp. 551-567.
- TRUEBA, Antonio de, “La cabra negra”, *La Ilustración Española y Americana*, n.º IV, Madrid, 25 de marzo y 5 de abril, 1871, pp. 147 y 150-151, y 178-179.
- TRUEBA, Antonio de, “El primer pecado”, *Narraciones populares*, Madrid, A. Jubera, 1874, pp. 161-197.
- TRUEBA, Antonio de, *Nuevos cuentos populares*, Madrid, A. Romero editor, 1905.